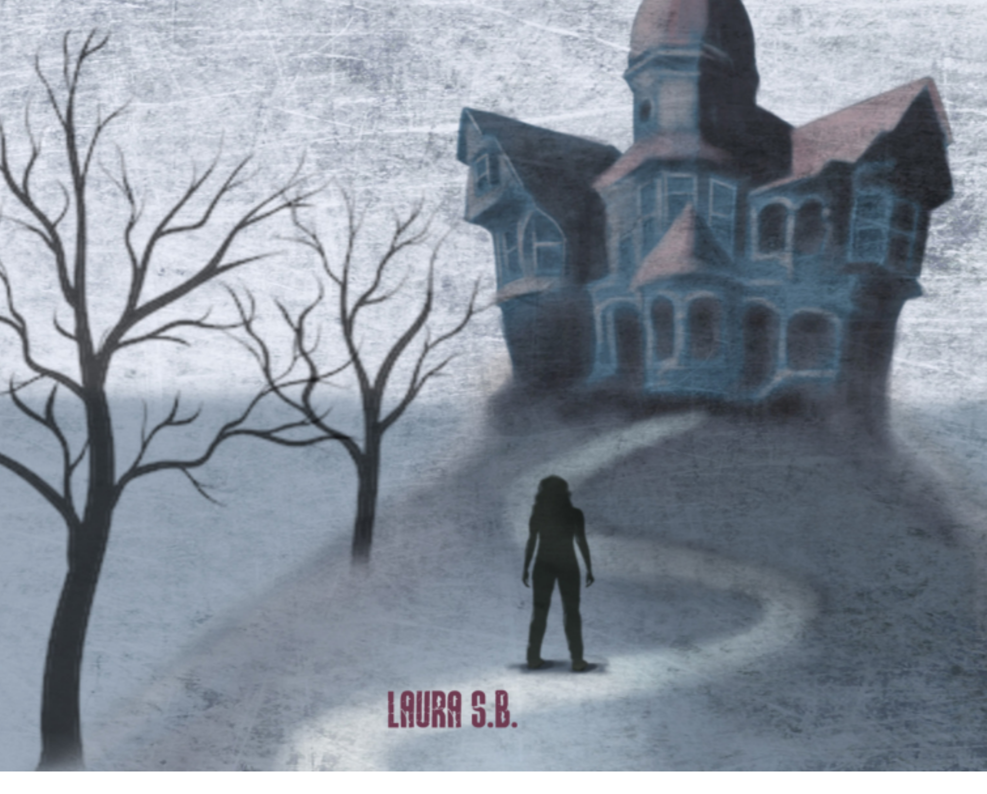
EL JUEGO DE CLAUDIA



LAURA S.B.



Laura S.B.

Revisión: Jesús V.
Maquetación: Laura S.B.
Composición portada: Laura S.B.
Primera edición Digital: 2010
Segunda edición Digital: 2023
ISBN: 9798390615850
Sello: Independently published

Para los soñadores que son capaces de viajar a otros mundos sin cerrar los ojos.

THEATRE OF HELL

El cuarto de baño bailoteó a mi alrededor y me tambaleé como una rata en una caja de cartón. Los grafitis de la pared, las manchas de moho y la herrumbre eran un tío vivo mugriento que giraba sin ton ni son. Tuve que agarrarme al retrete para evitar desplomarme al tiempo que vomitaba la cena, la merienda, el almuerzo y parte del desayuno. Era posible que echara hasta las tripas si continuaba con semejantes arcadas pero la peste que salía del váter roñoso era capaz de indisponer hasta al estómago más resistente.

Los *gin tonics* me sentaron mal. Nunca tenía en cuenta que mi límite, si no quería acabar inconsciente en algún rincón, eran siete. El sudor me chorreaba por la espalda, bajo la camiseta negra, hacía calor y estaba agobiada así que fui al lavabo a refrescarme. El grifo escupió un líquido marrón, espeso y repulsivo. A todas vistas era una mala idea embadurnarme la cara con semejante porquería; las fisioterapias con barro eran una forma asquerosa de sacar los cuartos a las ricachonas, y estaba claro que yo no tenía nada ni de señora ni de pudiente.

Volví asqueada al bar donde una humareda gris invadía hasta el último rincón. Era una niebla densa que se colaba por la nariz y al tragarla casi podía masticarse. Pese al humo localicé a Doro, estaba apoyada en la barra y se manoseaba con un tirillas que nos asaltó nada más entrar al local. El punki tenía una cresta mal teñida de verde y llevaba una chaqueta de cuero rota y sucia, adornada con tachuelas. Era, cuanto menos, repulsivo. Arrugué la nariz, podía olerlo hasta de lejos, aunque mi amiga estaba tan borracha que al parecer había perdido tanto el gusto como el olfato.

Junto a la pareja estaba el amigo de Doro, un tipo al que conocía del trabajo y me presentó cuando llegamos al garito, todavía sobrias. Era al único que conocía en el bar así que me senté a su lado. Tenía la cabeza recostada en la barra y tardó en darse cuenta de que tenía compañía. Cuando reaccionó y se irguió, tenía un quico pegado en la mejilla como una garrapata.

—Una cerveza —pedí al camarero, un hombre de los que quitan el aliento y a todas vistas fuera de mi alcance porque era gay.

—¿Tienes un cigarro, tía? —preguntó el rey de los quicos.

—No —contesté, y pensé en comentar lo del aperitivo que tenía acomodado en la cara pero lo dejé pasar.

—Parece que nos hemos quedado solos.

—Sí, ya…

Mala idea sentarme con él, caí en ello en cuanto posó la mano en mi rodilla. La noche empeoraba por segundos y amenazaba con ser de las peores de mi vida. Le di un manotazo al sobón y volví a encerrarme en el cuarto de baño. Busqué en los bolsillos del vaquero hasta dar con mis polvitos mágicos, que me recordaron a Campanilla, minúscula y adorable, con un punto macarra y una bolsa llena de polvo de hada como la mía. Esa sí que sabía divertirse. La pequeñaja tuvo a Peter Pan, el eterno niño, a sus pies hasta que *Wendy*, la pija,

se interpuso en la relación con sus rizos perfectos y sus buenos modales.

Los polvos mágicos, amargos, bajaron por mi garganta y, como solía ocurrir, me engañé al creer que me harían feliz.

El humo volvió a pegarme en la cara cuando salí pero esta vez las que me cegaron fueron las luces. Brillaban más que antes y la música, ensordecedora, retumbaba de tal forma que podía escucharla a través de mis pies. Caminé como una autómata, consciente de que pronto perdería el control como un estúpido zombi.

Bienvenidos a mi particular infierno.

Era de día. Lo supe porque la claridad de la calle se colaba por el resquicio de la persiana junto con el trinar de los gorriones. Fue un alivio amanecer sola, y en mi cama, porque de haber pasado la noche con el rey de los quicos habría supuesto otra mancha en mi desastroso historial sentimental.

Gemí como una moribunda mientras los *Kiss* me juzgaban desde el póster de la pared. Llevaban siglos colgados junto a la estantería, desde donde mis *Barbies* asistían al penoso espectáculo. Era incapaz de deshacerme de mis muñecas, quizás por nostalgia o tal vez porque con ellas conservaba algo de mi propia inocencia. Había descarrilado hacía tiempo pero en cierto modo, a mis veintiún años, era la misma cría, solo que ahora me levantaba con resaca.

La cabeza me daba vueltas y tenía la boca seca, como si hubiese lamido una suela de goma durante toda la noche. Aparte tenía agujetas en el cuello, a saber de qué.

Miré el despertador de *Hello Kitty*. Aún era temprano, las doce y media de la mañana, pero mi estómago rugió pidiendo a gritos algo sólido y un par de litros de agua.

Me quité la ropa con la que dormí y me puse el pijama para bajar a desayunar. Los domingos, la cocina era punto de reunión familiar hasta la hora de comer así que allí encontré mis padres. No tenía ganas de hablar con nadie, resoplé y aparqué las posaderas en una silla mientras me esforzaba en pasar desapercibida.

Mi madre, frente al fregadero, llevaba puesto el delantal que le hacía parecer un florero. «Para más inri» llevaba el pelo recogido con una gomilla de flores de plástico. Me dedicó una sonrisa con la sartén en la mano mientras que mi padre murmuró un «hola» desde atrás del dominical, sin despegar los ojos de la sección de deportes.

—¿Qué vas a desayunar? —preguntó mi madre, siempre tan servicial.

—Un zumo —pedí entre dientes.

—¿Solo? Anoche te escuché vomitar cuando llegaste, ¿no estarás enferma? —dijo a la vez que raspaba la sartén con el estropajo.

—Es que cenamos en un restaurante chino y me sentó mal —dije con desgana.

—No sé cómo tenéis valor de comer en esos sitios, a saber qué guarradas

pondrán.

Encogí los hombros sin intención de seguir con la conversación. Ni siquiera me gustaba la comida china.

Bebí el zumo a pequeños sorbos y mi hermano Dani entró a la cocina gritando como un cochinillo en una matanza.

—¡Cállate, imbécil! —ladré.

—¡Cállate tú, estúpida! —protestó al tiempo que accionaba una ambulancia de juguete para chincharme.

—Mamá… —supliqué.

—Ya está bien, Dani.

Lo reprendió como de costumbre así que el crío no hizo ni caso. La pequeña bestia mordió una tostada y abrió la boca para mostrarme qué aspecto debía tener un bolo alimenticio bien masticado. Diez años con el engendro de pelo rubio eran demasiados, tal vez la idea de independizarme no fuese tan descabellada después de todo.

—Enano de mierda… —murmuré para mi misma. Di otro sorbo al zumo, que me supo a rayos.

—Tengo una sorpresa para ti, cielo —anunció mi madre. Ese tono meloso no auguraba nada bueno—. ¡Tengo entradas para el teatro!

Sacó de un cajón dos cartulinas rojas del tamaño de una tarjeta de visita.

—Em… —acerté a decir.

Meneó la cabeza y las flores del moño se agitaron como un plumero.

—Vamos, Claudia, antes te gustaba muchísimo el teatro. Hasta actuabas —intentó animarme.

—Hacer de ratón en la *Cenicienta* no se puede considerar actuar, mamá… —contesté sombría.

—Seguro que lo pasamos bien. Además, no tienes nada mejor que hacer aparte de ir con esos amigos tuyos tan raros. Ya sabes lo que opino sobre esas compañías que frecuentas —aseveró ceñuda.

—¡Está bien, está bien! —Cuando empezaba con ciertos temas era mejor cortarlos de raíz. No tenía el cuerpo para soportar uno de sus sermones.

—Lo pasaremos muy bien, ya lo verás. Es una de esas obras modernas, conceptuales.

Mi hermano rió y yo le dediqué una sincera mirada de desprecio antes de terminarme el zumo.

El tiempo pasa rápido cuando no tienes ninguna ocupación así que antes de darme cuenta me arreglaba frente al espejo para la cita con mi madre.

Resoplé tras colgar el teléfono a Doro. Se carcajeó de lo lindo cuando le conté el planazo del sábado. Hasta me llamó esnob. Tampoco podía enfadarme ya que mi madre, después de todo, tenía razón; me encantaba el teatro. Subirme a las tablas era mi sueño frustrado aunque nunca lo había intentado, ya se sabe que el estrellato está reservado a unos cuantos. ¿Para qué

molestarme si sabía que fracasaría? Siendo actriz no tendría ningún futuro, era preferible conseguir un puesto de funcionaria con un sueldo decente y un trabajo deprimentemente fijo para el resto de mi vida.

Escogí la ropa para la ocasión: unos tejanos claros que hacía siglos que no usaba y una camiseta a rayas rojas y negras, discreta y sin calaveras ni nada por el estilo. Como a mi madre le disgustaban mis pendientes y aros, me quité los piercings más llamativos y, con un tremendo esfuerzo, dejaría el collar de pinchos en casa. Lo que era innegociable eran mis Converse. Daba igual la ocasión, eran mis zapatillas favoritas porque lo de usar tacones o zapatos incómodos iba en contra de mis principios (fueran cuales fuesen).

Me acerqué al espejo. Tenía mala cara pese al maquillaje, podría ser la envidia de cualquier vampiro. Estaba tan pálida que mis ojeras resaltaban bajo los ojos aceituna. Chasqueé la lengua y me solté el pelo, como si la melena oscura fuera a disimular mi rostro cadavérico. Quizás la solución fuera teñirme de rubio, aunque si me pasaba al platino, con la piel tan clara, corría el riesgo de parecer albina.

El timbre del teléfono acabó por disuadirme de tan extravagante idea.

—¿Sí? Hola, mamá. Ya estoy lista. —Escuché—. ¡¿Cómo que no podrás venir?!

Fue entonces cuando confesó que habían quedado con unos amigos para cenar por lo que deduje que lo del teatro fue un truco para que me ocupara de mi hermano. Me pidió que lo llevara conmigo a ver la obra. ¡Menuda encerrona!

—Pero mamá… —supliqué.

Volvió a pedírmelo, esta vez por favor, y además me llamó «hija». Fui incapaz de negarme, al fin y al cabo mis padres trabajaban muy duro y se merecían, al menos, una noche libre al año.

—Está bien, iré con Dani a ver esa obra rara. Soltó una retahíla de gracias y buenas palabras. —Pasadlo bien.

Cuando colgué estaba desanimada pero sobre todo cabreada.

—¡Dani! —grité al pie de la escalera.

Mi hermano se asomó.

—Coge el abrigo, nos vamos al teatro —imperé disgustada.

—¡¿Cómo?! ¡Ni hablar! Tengo la partida a medio acabar, estoy en la pantalla final —se quejó.

—Lo ha ordenado tu madre, así que tienes que venir. Y no te quejes, la que se va a pasar el sábado haciendo de niñera soy yo.

—Ya soy mayor para cuidarme solito —alardeó.

—Pues te fastidias. Ve a por el abrigo.

Obedeció, arrastrando los pies, tan cabreado como yo.

La noche prometía.

Hacía buen tiempo pese a ser invierno y la calle estaba infestada de gente:

ancianos con sus perritos, padres con niños escandalosos y jóvenes en busca del festín alcohólico de cada sábado. Según el autobús, que estaba atestado, parecía hora punta y tuvimos que viajar de pie, aplastados contra el cristal de la puerta. El trayecto fue de lo más incómodo y para colmo, cuando llegamos al centro, nos costó encontrar el teatro. Pregunté en varias ocasiones pero nadie sabía de su existencia, ni siquiera el GPS del móvil o «San Google». Por suerte Dani estaba lo suficiente enfadado como para no dirigirme la palabra, no estaba con ánimos de soportar sus quejas.

Hartos de caminar, y con la hora justa, dimos con el teatro que estaba oculto al final de un callejón sin salida, tan oscuro y tétrico que hacía justicia al nombre: *Theatre of Hell*. El neón era lo único que iluminaba la callejuela y gracias a eso vimos la cola que se agolpaba en la puerta, esperando con paciencia a que el revisor comprobase las entradas.

Pese a que era tarde, un rezagado se colocó tras nosotros.

—Disculpe, señorita.

El joven tenía la melena oscura, negra en realidad, al menos en la penumbra se confundía con las sombras del callejón. Por encima de la bufanda roja asomaba una nariz griega donde reposaban unas gafas de cristal grueso que le agrandaban los ojos.

—¿Esto es suyo?

Levantó una cartera de caballero, marrón y sucia, rescatada de algún charco porque además estaba mojada.

Lo pensé un segundo y asentí.

—Sí, gracias, la había perdido. —Me aseguré de dar un buen pellizco a Dani para que no me delatara.

Ya que mi madre me había engañado para hacer de niñera, qué menos que cenar gratis.

El portero, encorvado como una rama vencida, lucía una joroba digna de un dromedario. Le mostré las entradas y sonrió con una dentadura mellada al tiempo que apartaba una cortina raída y vieja, cuyo negro hacía mucho que perdió el lustre. Dentro la temperatura era distinta, el termómetro descendió varios grados. Me estremecí con un escalofrío y se me erizaron todos los pelos del cuerpo. Tal vez incubaba algún resfriado porque el resto de asistentes estaban animados y se quitaban los abrigos para ocupar sus asientos.

La calefacción estaba encendida y entré en calor al enfilar el pasillo de butacas. Me quité la chaqueta para estar más cómoda.

Teníamos buenos asientos, justo en el centro, ni muy cerca ni demasiado lejos del escenario.

—Son estos —me dirigí a Dani por primera vez desde que salimos de casa.

Intuí que me miraba ceñudo bajo la gorra azul, seguro que todavía estaba enfadado por haberle fastidiado la partida.

El teatro debió ser majestuoso en su mejor época. Había florituras barrocas enroscadas en dorado que adornaban los balcones y la cúpula del techo.

Estornudé. Los ácaros me cosquillearon en la nariz. Y no era extraño

porque las butacas, al igual que todo lo demás, eran muy viejas. La tela rojiza estaba despintada y la madera de los apoyabrazos desgastada. Todavía se apreciaban los frescos en las paredes y el techo, alguna vez lucieron brillantes y vivos pero ahora la mayoría estaban desconchados por la humedad. Sin embargo, la gran lámpara de cuentas que colgaba del techo estaba intacta y merecía las manchas grises. Lo cierto es que tenía su encanto pese a ser tan antiguo. También era grande, aunque las gradas superiores estaban tapadas con telones negros. Seguro que nadie las había usado en mucho tiempo porque la afición por el teatro había menguado en la última década y era complicado completar el aforo.

Atenuaron las luces y esperamos a que el telón se abriera. Atendimos a la pantalla roja en silencio y con expectación, pero antes de que comenzara el espectáculo, un humo blanquecino invadió el escenario. Las primeras filas tosieron cuando la niebla se extendió por el patio de butacas como una bruma vespertina.

Los ojos me escocían y un picor repentino me obligó a carraspear. Los párpados me pesaban y me costaba mantener los ojos abiertos.

Los cerré un momento. ¿Qué era lo peor que podía pasar?

Estaba mareada.

Todavía no había empezado la obra y ya me había quedado traspuesta. Zarandeé la cabeza para espabilarme porque si mi hermano me veía dormida tendría que soportar sus mofas durante el resto de la noche. Intenté rascarme los ojos, me picaban, pero no pude porque tenía brazos y piernas sujetos a la butaca.

Casi vomito del susto.

Mi hermano estaba dormido y maniatado como yo. Empezaba a sospechar que el humo de antes fue algo más que un simple efecto visual.

Al poco Dani despertó, al igual que el resto, y desde la penumbra escuché a los espectadores, aturdidos, preguntando cosas tan elocuentes como: «¿Pero qué es esto?» o «¿Qué está pasando?».

—Claudia… —A Dani le temblaba la voz.

Intenté disimular el miedo lo mejor que pude.

—Tranquilo, seguro que es parte del espectáculo. Ya oíste a mamá, es una de esas obras modernas. El lunes tendrás algo que contar en el cole —dije en un torpe intento por tranquilizarlo. Ni siquiera a mi me sonó convincente. ¿Cómo demonios habían atado a todo el público sin que nadie se diese cuenta? Si aquello era parte del *show* es que era jodidamente bueno.

En alguna parte, en otra dimensión, se escuchó un redoble de tambores y dos focos recorrieron el telón.

Los cautivos callamos y atendimos al escenario. Reparé entonces en el hombre que había en mitad de la escena, delante del telón cerrado. Los focos lo iluminaron y el chaqué blanco brilló destellando en cientos de colores. Al

cuello lucía una pajarita roja y una mano enguantada descansaba sobre el ala de la chistera mientras la otra estaba apoyada en el mango del bastón que sujetaba bajo el brazo. El ala del sombrero ocultaba el rostro, que mantenía agachado con misterio. Daba la sensación que fuera a cantar como un tenor.

El patio de butacas, expectante, estaba absorto y sumido en un silencio sepulcral.

—Bienvenidos a mi juego —dijo el actor.

Soltó el ala de la chistera y miró al público. El rostro se ocultaba tras una máscara burlona de porcelana blanca, grotesca y con cierto aire a las máscaras de teatro japonesas.

—El azar os ha traído esta noche hasta mí —continuó con el monólogo—. ¡Terrible sino que ensombreces mi suerte! ¡Oh, cruel destino!

Alzó el puño al cielo en un gesto cómico y sobreactuado.

—Tu voluntad me arrecia como un mar furibundo e insolente. Tempestad de la suerte, ¡ladrón de ilusiones!, mentiroso compulsivo. Ese es el sino.

Bajó el puño, sosteniendo la pausa durante demasiado tiempo.

—Las reglas del juego son sencillas. Todo vale, todo está permitido —anunció con parsimonia, pero animado.

—¿En qué consiste el juego? —se escuchó entre el público.

A quien fuera le hacía gracia aquel disparate. Por mi parte, seguía sin pillar lo chistoso del espectáculo pero Dani suspiró aliviado tras escuchar al tipo reírse. Me alegró que se calmara aunque yo seguí igual de inquieta. Había algo extraño en el hombre del escenario, algo maligno que me recorría los huesos como una corriente eléctrica y me revolvía el estómago como los *gin tonics*.

El hombre del chaqué paseó por el escenario, de cara al patio de butacas, mientras la máscara oscilaba de lado a lado con un disentimiento disgustado.

—Cada uno elegiréis vuestro propio juego. Pero no todos podréis participar. —Bajó la voz hasta convertirla en un murmullo—: No todos serviréis.

El susurro fue inaudible pero resonó en mi cabeza como un secreto contado al oído.

—¡Por eso! —gritó de repente.

Respingué en el asiento y mi hermano también.

—He de hacer una pequeña criba para elegir a los jugadores.

Alzó el bastón y con un movimiento enérgico golpeó la madera del suelo.

Resonó entonces un poderoso trueno que retumbó e hizo tintinear la lámpara de cuentas del techo. Desde luego, pensé, los efectos especiales eran inmejorables.

El telón se elevó y dejó al descubierto una pared negra. Esperaba árboles de cartón y un bonito castillo bajo un cielo azul cian pero lo que nos deparaba la función era mucho más inquietante que un decorado pintado sobre telas y cartón piedra. En aquel teatro todo era posible, tal era así que se abrió un agujero gigantesco sobre el escenario y un viento huracanado arreció en el

patio de butacas.

Hubo gritos de pavor y sorpresa pero apenas se escucharon bajo el estruendo del vendaval. El actor, si es que acaso lo era, seguía en el escenario, tranquilo y sosegado, como si la ventisca no fuera ninguna molestia. Levantó los brazos, igual que una diva encantada de conocerse a sí misma, y un tropel de criaturas aladas cruzó la espiral para invadir el teatro.

Grité.

Los engendros eran terroríficos, contemplarlos te robaba el aliento y casi hasta el alma. Horribles, aberraciones deformes de piel oscura y sarnosa que violentaban el aire cuando batían las enormes alas de murciélago.

Cerré los ojos, asqueada y espantada por las fauces atestadas de colmillos amarillentos.

—¡Claudia!

Mi hermano gritó, espantado, cuando una de las criaturas nos sobrevoló. Los ojos rojos, hundidos en las cuencas oscuras, solo podían venir del infierno. Tal vez era allí donde estábamos, y quizás el cartel de la entrada, «Theatre of Hell», era un aviso.

Agarró al hombre que teníamos delante de la butaca y el grito, desgarrador, me caló hasta las entrañas. Lo arrancó del asiento pero las extremidades las dejó atrás, sujetas a la butaca. Estaba petrificada pese a que el espectáculo era atroz, hipnotizada por el dantesco espectáculo. Ni siquiera aparté la cara cuando la sangre me salpicó.

Grite, grité y grité.

Era real, tenía que serlo porque cuando el monstruo despedazó al hombre llegué a oler las vísceras. La escena se repetía por la sala; los engendros arrancaban de las butacas al indefenso público y los hacían estallar en un apoteosis sangriento.

Aferré con todas mis fuerzas la madera a la que estaba maniatada, rezando por que ninguno de esos demonios se nos llevaran a mí o a mi hermano.

El viento amainó tras la tormenta más sangrienta de la historia y los gritos de los supervivientes cobraron protagonismo. Las criaturas se marcharon por el agujero, que se cerró tras ellos, y los aullidos histéricos de los presentes se fueron calmando hasta que el silencio se acomodó en el patio de butacas.

Agarré la mano de Dani. Por suerte no le había pasado nada, solo lloraba y había mojado los pantalones. Me agarró con fuerza. Temblaba.

El telón cayó, dando por finalizada la obra, y el hombre enmascarado volvió al centro.

—Enhorabuena. Sois los elegidos —anunció.

El suelo se rompió bajo mis pies. Crujió, se desmoronó y mi butaca cimbreó a punto de caer por el agujero.

—¡No! —aullé.

La madera ajada acabó por ceder y solté a mi hermano.

—¡Dani! —grité cayendo al vacío.

ACTO I

La oscuridad era total, no veía nada, solo escuchaba el batir de unas alas enormes. Mis extremidades eran de gomaespuma y mi cabeza amenazaba con largarse flotando como un globo de helio. Conocía la sensación, me había despertado así un millar de veces tras una buena noche de juerga. Era posible que lo ocurrido en el teatro fuera una pesadilla y una vez más, como todos los domingos, despertaba con resaca.

El hormigueo que me recorría de pies a cabeza remitía y mis sentidos despertaban. Estaba tumbada boca abajo y, muy a mi pesar, el suelo arenoso donde reposaba era mucho más gélido e incómodo que mi cama. Me erguí con torpeza.

Parpadeé un par de veces. ¿Dónde demonios estaba?

Me temblaban las rodillas, así y todo me puse en pie, alerta y asustada a partes iguales ya que el bosque donde desperté era, cuanto menos, extraño. Cientos de árboles muertos apuntaban con las ramas hacia un cielo encapotado y plomizo que parecía estancado. Vegetación muerta y arena era lo único que componía la espeluznante estampa, allí no había briznas de hierba o arbustos, mucho menos animales o insectos, todo era troncos resecos sobre arena gris. Cogí un puñado del suelo y las partículas, finas y diminutas, se escurrieron entre mis dedos para tiznarlos de negro. Lo que cubría la tierra yerma no era arena sino ceniza. ¿Acaso al bosque lo había arrasado un incendio? Aparte de la ceniza no había indicios que dieran pie a pensar que el responsable de tal paisajismo árido fuera el fuego. Los árboles estaban consumidos, muertos, reducidos a carcasas resecas sin rastro de vida, pero sin manchas negras o quemaduras.

La butaca del teatro, o al menos lo que quedaba de ella, estaba desperdigada a mi alrededor. De uno de los travesaños, junto a mis pies, aún colgaba la correa de cuero con la que me ataron. Como recuerdo llevaba impresas un par de marcas rojas alrededor de mis muñecas que parecían pulseras encarnadas. También estaba mi chaqueta, en cuyo bolsillo encontré mi *iPhone*. Di las gracias por no haberlo perdido. Al menos podía pedir ayuda, pero el chirrido que me devolvió tras encenderlo hizo que lo tirara bien lejos.

¿Acaso alucinaba? Tal vez todo era fruto de un mal colocón.

Lo cierto es que estaba sola en un bosque siniestro, perdida en mitad de la nada, y por si esto fuera poco también había perdido a mi hermano. Dani se había esfumado con el teatro y, de no ser por los restos de la butaca, habría dudado de mi paso por el Theatre of Hell.

Me eché a llorar sin saber qué hacer.

Algo se agitó entre los árboles y dejé de respirar. La arboleda me devolvió un silencio profundo, con personalidad propia, tenía la sensación de que el bosque sabía que estaba allí y me vigilaba. La idea de no estar sola cuando sabía que lo estaba, resultaba más aterradora que vérmelas con cualquier

monstruo.

Cuando reuní suficiente valor pregunté:

—¿Hola?

Nadie contestó pero supe que me observaban.

Empecé a sudar.

—¿Hay alguien ahí?

Intenté serenarme. El miedo era un mal compañero, capaz de nublar la mente si no lo mantenías a raya. Tal vez otro desdichado había caído cerca y estaba inconsciente, por eso no contestaba.

Ahogué un grito cuando un niño correteó entre los árboles.

—¡Dani! —exclamé en cuanto vi la gorra azul—. ¡Espera!

El terreno era angosto y era complicado sortear las hondonadas o esquivar las raíces que brotaban de la ceniza. En realidad, más que correr, avanzaba a saltos como un conejo asustado.

—¡Dani, no tiene gracia! ¡Deja de hacer el tonto! —grité.

Paré a tomar aire y lo perdí de vista.

—Mierda. ¡Dani!

Me apoyé en un árbol, la corteza era más suave de lo que esperaba, casi aterciopelada, pero tan fría como el hielo. Tenía nauseas y el corazón me latía tan deprisa que bien podía darme un infarto. Cerré los ojos y me dije que todo saldría bien, que averiguaría dónde estaba y encontraría el camino de vuelta a casa. Eso era lo que tenía que hacer: encontrar a mi hermano y volver a casa juntos. Era un plan sencillo y fácil de ejecutar, lo complicado era todo lo que iba en medio. En cualquier caso, dejarme llevar por el pánico poco iba a ayudarme, lo mejor era conservar la calma y pensar con claridad.

¿A quién quería engañar? ¡Aquel bosque era horrible y me ponía los pelos de punta!

La espesura se abría más adelante dando paso a un claro. Entorné los ojos, había algo allí así que me acerqué con sigilo saltando de árbol en árbol.

Era de locos pero en mitad del claro encontré una barca de tablones raídos y una niña sentada en el travesaño del centro. La cría era rubia, de piel acerada como la de un cadáver; de no ser porque tenía los ojos abiertos y estaba tan erguida como una escoba habría jurado que estaba muerta. Llevaba puesta una camisola blanca que había visto tiempos mejores, estaba sucia y salpicada de rosetones de moho. Lo más curioso es que la niña estaba empapada de pies a cabeza, como si acabara de bañarse en algún riachuelo, aunque allí no había agua por ninguna parte.

—Em… Hola —dije.

Me incliné, tal vez no me escuchó, o es que estaba tan ensimismada con sus cosas que ni me vio.

—Estoy buscando a un niño con una gorra azul.

Volví a intentarlo, pero nada, ni un pestañeo.

Chasqueé los dedos delante de su cara.

—¡Ey! ¡Despierta!

La niña convulsionó y se le inflaron los mofletes. Sonó como una cañería atascada, parecía que fuera a vomitar. No fue vómito sino una masa negra y pastosa lo que le resbaló de la boca. ¿Cómo podía tener tanta mierda dentro un cuerpo tan pequeño? La gelatina se acumuló a sus pies a la vez que el montón se recomponía, modelándose a semejanza de la niña.

—¿Quién me ha despertado? —habló la niña viscosa. Sonó un *plop* al explotar una burbuja grasienta en la mejilla.

La otra, la niña original, seguía inmóvil tras ésta, con la vista perdida en ninguna parte.

—He sido yo… —balbucí.

—¿Para qué has despertado al Oráculo del Bosque Muerto? —preguntó.

¿Un oráculo? La situación se volvía descabellada por momentos. Fuera como fuese, la masa grasienta sabía dónde estábamos, eso ya era un buen comienzo.

—Estoy perdida, no sé hacia dónde tengo que ir —aventuré.

—¿Y adónde quieres ir? —preguntó con otro *plop*.

—Quiero volver a casa.

—No puedo ayudarte, no conozco el camino.

Bajé los ojos al suelo para mirar mis *Converse* empolvadas.

—También estoy buscando a mi hermano, ¿no lo habrás visto? Es un niño así de alto y lleva una gorra azul.

—No lo he visto pero encontrarás las respuestas que buscas en la Casa de la Colina. Él lo sabe todo —aseguró.

—¿Y cómo puedo llegar a esa casa?

—Debes atravesar el bosque y dirigirte hacia el norte. No te distraigas, no te dejes engañar, aquí nada es lo que parece —me advirtió, señalando el rumbo que debía seguir con una mano pegajosa.

La masa negra bostezó y se empezó a derretir como un helado en un caluroso día de agosto.

—¡Espera! Aún no me has dicho a quién tengo que buscar en la casa. ¿Quién es Él?

Regresó a la boca para retornar al cuerpo.

—¡No te vayas! —supliqué. Pero desapareció dentro de su recipiente.

Gruñí.

Al menos tenía una pista que seguir. Debía encontrar la Casa de la Colina y hablar con ese hombre, o lo que fuera que viviera allí.

Un nuevo *plop* llamó mi atención, quizá el Oráculo tenía algo más que añadir. Siguió en silencio, no obstante un frasquito de cristal asomaba en su boca.

Me rasqué la cabeza y, tras morderme el labio varias veces, posé un pie dentro de la barca. Alargué el brazo, con la mano temblorosa, y con mucho cuidado metí los dedos entre los dientes.

Saqué el frasquito con unas cuantas babas negras colgando como hilillos de mozzarella. Lo sostuve en alto, era de cristal negro y en el frontal tenía una

etiqueta roja con una calavera blanca. Habría preferido una *Coca Cola* pero lo guardé tras dar las gracias al Oráculo por el regalo tan extraño.

No sé cuánto tiempo ni qué distancia anduve tras despedirme del Oráculo. Lo único que tenía claro era que estaba perdida.

El bosque parecía infinito, kilómetros y más kilómetros de lo mismo: ceniza y cortezas resecas. Era posible que estuviera andando en círculos porque todos los árboles eran iguales y no me había cruzado con ningún riachuelo o loma que pudiese orientarme. La colina hacia la que me dirigía no se divisaba por ninguna parte y durante horas me acompañó el soniquete solitario de mis pasos: al principio seguros y firmes, ahora macilentos y serpenteantes. Los pies me dolían y tenía más sed que en un día de playa. Despegué la lengua del paladar, tenía la boca pastosa, habría vendido mi alma al diablo por una cerveza bien fresca.

Ensimismada en mí autocompasión no me di cuenta de que unas flores rojas salpicaban el suelo y los troncos como si hubiesen enfermado de sarampión. El aroma ferroso y dulzón me espabiló y por primera vez me fijé en ellas. Eran de pétalos alargados y rojo intenso y juntas formaban una manta escarlata que desprendía un olor embriagador.

Tenía la nariz pegada a una flor cuando algo me derribó de un empellón.

—¡Socorro! —aullé.

Una mujer de melena blanca y piel azulada la tomó a mordiscos con mi pantalón, como lo habría hecho un perro de presa. Extendió unas alas enormes y negras y me encogí al recordar a los engendros del teatro. Se abalanzó a por mí, creí que iba a agarrarme, pero no tenía brazos.

Me zafé de ella y me arrastré sobre la arena, en retirada.

Otra más, igual que la primera, se sumó a las dentelladas furibundas de su gemela.

Ni en los libros de bestias, ni en mis peores pesadillas, había visto criaturas semejantes. Fue una suerte que estuvieran encadenadas a una columna porque de alcanzarme me habrían despedazado a mordiscos con los dientes tan afilados que mostraban al gruñir. A las dos le faltaban los brazos. Tampoco tenían sexo y, a juzgar por su descontrolada furia, se diría que también carecían de raciocinio. Recordaban a animales pese a tener forma humana.

—¿Qué es todo este jaleo? —dijo una mujer—. Oh, ya veo…

Las criaturas se calmaron con su voz. Se arrodillaron tranquilas, dóciles, y ronronearon cuando la mujer les acarició la cabeza.

—Pobrecita —dijo al verme. Llevaba la cara oculta por un velo negro y era imposible distinguir nada del rostro—. Te han asustado mis niñas. No están acostumbradas a ver gente, nadie se atreve a pasear por el Bosque Muerto. En él mora un demonio terrible y despiadado que siempre está hambriento. Es una suerte que no te hayas cruzado con él.

«Las niñas» de esa señora eran más que acojonantes, me costó imaginar

que hubiera algo más terrorífico que ellas.

—Mi nombre es Anim —se presentó.

Sacó un trozo de carne de una bolsita de tela y se la dio a las criaturas, que comieron de su mano.

—No temas, querida, en mi casa estarás a salvo —aseguró—. ¿Cuál es tu nombre?

—Me llamo Claudia —dije en voz baja, todavía sentada en el suelo, con la vista fija en el trozo de carne que las *aladas* devoraban.

—Claudia… Que nombre tan bonito. ¿Por qué no entras en mi casa, Claudia? Podrás descansar un rato.

—No puedo, tengo que encontrar la Casa de la Colina.

Me puse en pie y me sacudí las posaderas formando una polvareda gris.

—¿Sabes cómo llegar?

—Sí, bueno. No exactamente —contesté cabizbaja.

—Podría indicarte el camino pero está lejos y pareces cansada. Pasa la noche en mi casa, así recuperarás fuerzas. No creo que quieras vagar por el bosque cuando oscurezca. Por la noche hay criaturas hostiles tras cada sombra.

—Está bien —acepté la invitación. No me apetecía conocer ni al demonio hambriento ni a las criaturas hostiles.

—Maravilloso. Acompáñame, por favor.

Rodeé a «las niñas», que habían perdido el interés en mí, y seguí a Anim.

Apartó una cortina de flores rojas con un gesto y la entrada de la casa quedó a la vista. Era un portalón de piedra flanqueado por dos columnas sinuosas y retorcidas, dignas de una mansión de postín. Postín y alto copete, a juzgar por el interior que, pese a estar iluminado por velas, rezumaba fastuosidad por cada esquina. Las paredes y el suelo eran de mármol tan pulido que los dorados de los muebles y las piedras preciosas de los enseres se reflejaban como en un lago virgen.

—Tiene usted una casa muy bonita —dije a pesar de que me parecía exagerada.

—Muchas gracias —contestó.

Me condujo a un salón atestado de tesoros y me indicó que pasara.

—Adelante.

Definitivamente, la sala era excesiva. Más que un salón parecía la cámara mortuoria del faraón más rico de la historia. El oro, las joyas, las sedas y cosas brillantes se amontonaban de la misma forma que la roña en un basurero. Entre el lujoso caos destacaba una mesa alargada, cargada hasta los topes de manjares tan ostentosos como el resto de tesoros.

—Come lo que quieras —ofreció.

Se quitó el velo y lo dejó caer en un elegante diván rojo.

Su belleza era indescriptible, jamás había visto una mujer tan hermosa. Llevaba la melena dorada recogida con esmero, dejando libres algunos rizos del color del oro que descansaban sobre los hombros claros. El rostro,

simétrico y de piel perfecta, radiaba luz mientras que los labios eran tan rojos como las flores del jardín de fuera.

Lo cierto es que me pinchó la envidia.

—Gracias, pero no tengo hambre.

No quería ofender a Anim después de ser tan hospitalaria conmigo pero con tantos sobresaltos tenía el estómago revuelto y no me apetecía comer.

—Entonces bebe un poco de agua, seguro que estás sedienta.

Anim cogió una jarra de cristal y sirvió una copa de agua fresca y transparente. El sonido del agua al verterse avivó mi sed.

—Sí, gracias.

Cogí la copa deseosa de humedecerme los labios.

—Eres muy amable.

—No hay de qué —dijo dedicándome una sonrisa.

Me la llevé a la boca, estaba muy fresca y casi me la tomé de un trago. Resultó más exquisita que cualquier majar.

Me sentí mareada y la copa se estampó en el suelo haciéndose añicos.

—Lo... lo siento… —balbucí.

—Duerme… —susurró Anim.

Al parecer eso de desvanecerme se estaba convirtiendo en costumbre. Cuando desperté, para mi disgusto, no estaba en el lujoso salón de Anim sino en un sótano mugriento y escalofriante. Dado que estaba enjaulada, la situación había empeorado lo suficiente como para lamentarme. Los barrotes eran de madera y estaban unidos con cuerdas viejas y costrosas, daba la impresión de que fuera a desmontarse. Sin embargo la jaula era firme, además colgaba del techo. Aparte era muy pequeña así que me quedé sentada con las rodillas recogidas sobre el pecho.

—La has cagado, estúpida —dijo alguien muy cerca de mí.

Miré a mi vecino, que colgaba del techo como un periquito. Era un hombre calvo, con la ropa manchada y maloliente, cuya cara reconocí del teatro. Había más prisioneros; en total conté trece periquitos enjaulados. Dani no estaba entre ellos y no supe si alegrarme o no.

—¿A quién se le ocurre fiarse de esa bruja? —dijo el hombre.

—Pues no parece que estés más cómodo que yo —contesté con desgana.

—Bah, qué más da…

—¿Sabes por qué estamos aquí? —pregunté con la intención de averiguar qué estaba pasando.

—No quieras saberlo.

—¿Acaso nos engordará para comernos?

Que yo supiera el canibalismo era la base de la dieta de las brujas y, por lo que me contó Anim, la mayoría de criaturas que vivían en el Bosque Muerto lo practicaban.

—Ojalá…

La jaula del hombre se alejó chirriando por el raíl que la sujetaba al techo y él gritó al tiempo que daba golpes a los barrotes en lo que duró el trayecto. Quedó suspendido sobre una máquina redonda de hierro negro que parecía un contenedor de basura. Una tubería la conectaba con el jardín de fuera, podía verse a través de un ventanuco en la pared, por el que salía el tubo. El vapor de la máquina formó un remolino cuando la trampilla se abrió como una boca hambrienta. Se tragó la jaula con el prisionero aullando en su interior.

Contuve el aliento mientras la máquina bullía y respiraba vapor, siseando como un dragón con ardentía. Después la tubería se agitó y burbujeó.

Miré atenta por la ventana, al jardín que se extendía rojizo alrededor de la casa de Anim. Tan rojo como la sangre que escupieron los aspersores encargados de regar las flores.

Tragué la bilis que me subió desde el estómago y comprendí en qué consistía la infernal máquina. ¿Podría ser posible que esa bruja utilizase a los humanos para regar su macabro jardín? ¿Para qué querría esas flores alimentadas de sangre?

—Esto no está pasando —susurré atónita.

Los prisioneros sollozaban, sin esperanzas de escapar a ese destino tan horrible, pero yo no iba a rendirme, ¡tenía que salir de allí como fuera! Mi hermano estaba perdido en algún lugar de aquel infierno y necesitaba mi ayuda.

Eché un vistazo a los raíles. Si mis cálculos no fallaban sería la siguiente en ser triturada.

Rebusqué en mis bolsillos, buscando un milagro.

—¡Mierda, mierda! —casi lloré.

Por suerte encontré las llaves de mi casa. Del llavero colgaba una pequeña navaja que mis padres me trajeron de su último viaje a Toledo. No estaba afilada pero las cuerdas eran viejas y se rindieron ante la hoja. Raspé y raspé. Las cuerdas estaban podridas pero eran gruesas y la navaja demasiado pequeña.

La jaula empezó a moverse. Quedaba poco para cortar las cuerdas pero faltaba aún menos para que la maquina me engullera. La trampilla se abrió debajo de mí.

Conseguí cortar la cuerda y el resto cedió con mi peso. Quedé colgando, agarrada a los barrotes para no caer dentro de la máquina. No obstante la jaula se soltaría del raíl en cuestión de segundos y yo caería con ella si no hacía algo rápido.

Me balanceé para sortear la boca negra y salté al tiempo que la maquina se tragaba la jaula. Caí en el borde, donde me aferré, pero el metal hervía y me quemó las manos. Tuve que soltarme y rodar hasta estamparme contra el suelo.

Los demás prisioneros aplaudieron.

—¡Sácanos de aquí, deprisa!

La caída fue morrocotuda, me había hecho daño en la cadera y me costó

levantarme. Luego intenté liberar a los demás pero había perdido la navaja dentro de la máquina y no tenía nada con que cortar las cuerdas.

—Con las manos es imposible —dije.

—Ve por las llaves, la bruja siempre las lleva encima —dijo uno de ellos.

—Está bien, volveré para sacaros —aseguré.

Anim estaba recostada sobre el diván rojo, en el comedor, y un par de sirvientes revoloteaban a su alrededor. Las criaturas que la rondaban eran seres pequeños como enanos, encorvados como ancianos centenarios y peludos como orangutanes. Vestían harapos y se movían arrastrando los pies, como si les pesase la dura tarea de servir a la bruja. Uno tiraba la comida que me ofreció Anim mientras que el otro llevaba una bandeja repleta de flores para la bruja. Ella cogió algunas y se las llevó a la boca.

—Deliciosas —dijo para ella misma.

¿Así que era eso? Anim se alimentaba de esas flores. Era demasiado retorcido que se tomara tantas molestias. Tal vez no fuera un simple capricho culinario sino que esas flores guardaban algún secreto.

—¿Dónde está mi infusión? —imperó la bruja.

La criatura de la bandeja se inclinó varias veces, con temor.

En una mesita auxiliar, cerca de donde me escondía, había una tetera y una copa de cristal. Dentro de la copa había pétalos rojos. ¡La infusión de Anim!, supuse.

Metí la mano en el bolsillo y saqué el frasco que el Oráculo regurgitó.

Serpenteé hasta la mesita sin hacer ruido, y casi sin respirar. Me aseguré de que nadie miraba, levanté la tapadera de la tetera y vertí el contenido del frasco en el agua. El vapor se tiñó de negro durante un segundo, luego volvió a bailotear en blanco.

Anim se miró las manos, se arrugaban y se habían tornado grisáceas.

—¡Rápido, inútil! Trae mi néctar.

Le dio una patada al sirviente que tras tropezar fue a buscar la tetera.

Contuve la respiración cuando el pequeñajo se acercó. Vertió el agua en la copa y luego fue a entregársela a su ama. Anim la cogió con ansia y bebió como si estuviese sedienta. El preciado líquido le resbaló por la barbilla y goteó el vestido adornándolo de lunares oscuros. Luego se miró las manos, que se tersaron y recuperaron la juventud.

Parecía imposible, pero Anim poseía el secreto de la eterna juventud. Carcajeó de la única manera que una bruja sabe, aunque su júbilo duró poco.

—¿Qué es esto?

Levantó una mano que se volvía gris y se arrugaba al compás del segundero del reloj de la pared.

—¡¡No!! —gritó con los ojos desencajados.

Su belleza se consumía con una rapidez pasmosa: la piel seca y arrugada, el pelo canoso y ralo. En menos de un minuto su aspecto era el de una anciana

decrépita que continuó demacrándose con cada *tic tac*, hasta que la carne empezó a pudrirse y a horadarse invadida de gusanos.

Me asusté tanto que intenté huir pero en mi torpe intento tiré un candelabro al suelo. Quedé inmóvil, fulminada por los ojos de la bruja, que me miró encolerizada.

—¡Tú! ¡Insignificante gusano!

Levantó los brazos delgados como palos y lanzó un rallo de luz blanca.

Me cubrí tras la mesa al tiempo que la centella silbaba sobre mi cabeza. Salté, preparada para el siguiente ataque, y corrí por la sala mientras que Anim intentaba hacer diana.

El salón se incendió y las llamas se extendieron con una rapidez pasmosa. Entre tanto caos, localicé la llave de las jaulas que Anim llevaba sujeta a un cinturón de rubíes. Me acerqué cuanto pude, lanzando a la bruja todo lo que encontré al paso: candelabros, vasos, platos, baúles llenos de joyas. Levanté una silla de estilo victoriano y se la arrojé con todas mis fuerzas. Acerté de chiripa y Anim cayó al suelo.

Arrugada en el suelo, hecha un ovillo, la bruja era un cadáver en descomposición aunque no estuviera muerta. Sin pensarlo, arranqué el llavero de un tirón pero Anim me agarró de la muñeca.

Los ojos blancos, muertos, me aguijonearon a la vez que mi brazo libre obedecía a mis reflejos y estampaba el puño en la cara ajada.

Logré escapar de las garras de la bruja, que dejé atrás maldiciendo mi osadía, y llegué al sótano con Anim pisándome los talones. Las manos me temblaban y, antes de poder abrir la primera jaula, la bruja apareció lanzando rayos desbocados.

El bombardeo mágico me obligó a parapetarme y perdí la llave.

Los rayos incendiaron el sótano, tal como sucedió en el salón. Las llamas se propagaron y el humo era tan denso que apenas podía distinguir las jaulas, cuanto menos encontrar la llave. Buscarla habría sido un error porque si no me largaba pronto moriría calcinada.

Ignoré las súplicas, consciente de que los gritos me perseguirían el resto de mi vida, y salté por la ventana. Se me quedaron atoradas las caderas y Anim me agarró del pie.

—¡Maldita! —gritó la calavera.

Una patada, furiosa, me bastó para arrancarle la cabeza, que rodó por el suelo y se perdió entre las llamas.

Las flores del jardín amortiguaron la caída y, a pesar de que me flaqueaban las piernas, corrí sin mirar atrás, a la casa incandescente.

Conforme me alejaba, las flores de sangre se dispersaban y el bosque se volvía gris. Los árboles eran siluetas recortadas en la noche, esqueletos punzantes y amenazadores que extendían las garras hacia mí. Era aterrador atravesar el Bosque Muerto sin ver más allá de tus narices, más cuando empezó a diluviar.

Ni siquiera cayeron unas gotas de aviso, la tromba de agua fue tan repentina que me empapó a los pocos segundos.

El aguacero era el menor de mis problemas porque sabía que tras los troncos retorcidos había criaturas peores que la bruja Anim. Garras arañando la madera reseca, alas planeando en la noche, fauces dentellando como tenazas.

Grité.

Corrí a ciegas porque el agua me chorreaba por la cara y me anegaba los ojos. Era cuestión de tiempo que tropezara y al poco rodé por una pendiente enfangada que me apaleó como a una piñata hasta que mi ropa se enganchó en un saliente. Quedé atascada en una maraña de raíces que sobresalían del barro, traté de liberarme pero cuanto más tiraba más apretaba los nudos. El barro, reblandecido por el agua, pretendía tragarme y me costó varios intentos despegarme de la pared.

Iba a lanzarme cuesta abajo cuando un par de manos surgieron del barrizal y me agarraron.

Grité y tiré enloquecida mientras el cuerpo salía del barro a cada tirón. El fango lo vomitó entero y ambos nos despeñamos hasta suelo firme. Me aplastó, flácido y pesado, pero conseguí empujarlo y apartarlo.

Resbalé entre charcos en una fuga histérica, con la intención de alejarme de aquella criatura que seguro querría devorarme.

—Ayuda…

Fue una súplica lastimera. Quien fuera intentaba ponerse en pie pero caía una y otra vez entre chapoteos.

—Ayúdame, por favor.

Gracias al chaparrón, que enseguida limpió el barro, vi que se trataba de un hombre y no de un monstruo. Pese al aspecto desastrado, embarrado y empapado, reconocí la bufanda a rayas del joven que tan honradamente me entregó una cartera ajena a las puertas del teatro. Le faltaban las gafas.

—No sé qué demonios está pasando —dijo tan asustado como yo.

—Yo tampoco —contesté apiadándome de él.

Lo ayudé a levantarse. Temblaba, quizás de frío o tal vez de miedo.

Era tal el chaparrón que al poco estuvimos limpios, aunque empapados como un par de pececillos atrapados en una siniestra pecera.

—Una bruja ha intentado achicharrarme —compartí mi trauma más reciente.

—A mi intentó comerme un golem —aseguró.

Asentí comprensiva y más tranquila.

—Estuviste en el teatro, ¿verdad? —pregunté. Aunque ya lo sabía.

—Sí. Es lo último que recuerdo antes de despertarme aquí.

Miré al cielo, el agua paró de repente como si un dios con dudoso sentido del humor hubiese cerrado la ducha.

—Tenemos suerte, está amaneciendo —dije al ver que el horizonte clareaba —. Deberíamos ponernos en marcha.

Di por hecho que estaría dispuesto a acompañarme.
—¿En marcha? ¿Dónde se supone que vamos?
—Tengo que encontrar la Casa de la Colina, estoy buscando a mi hermano, allí hay alguien que puede decirme cómo encontrarlo.
Encogió los hombros.
—En ese caso iré contigo a ver al Mago de Oz, tal vez me ayude a salir de este manicomio.
Chapoteé entre los charcos.
—¡Espera, no me dejes atrás! He perdido las gafas y no veo bien.
—Si quieres agarra mi brazo, así no tropezaras con nada.
Le ofrecí el codo.
—Gracias. Por cierto, me llamo Adán.
—Yo soy Claudia.
—Un placer, Claudia.

El bosque era el mismo, monótono y silencioso, pero al menos caminaba acompañada. La presencia de Adán me reconfortaba, aparte llenaba el silencio que nos rodeaba porque no paraba de hablar. Tenía veinticuatro años, tres más que yo, y era estudiante de periodismo aunque su sueño, según confesó, siempre fue ser director de cine. Era ingenioso, divertido y lo que más me animaba era su optimismo. Ni siquiera parecía afectado porque un golem hubiese intentado comérselo. Era un charlatán y, gracias a eso, apenas pensaba en mi traumático paso por la casa de Anim. Era agradable además de guapo, aunque cegato. Arrugaba la nariz en un esfuerzo por ver lo que tenía delante pero en cuanto lo soltaba iba directo a estamparse contra algún árbol.
El rugido de mi estómago interrumpió el monólogo de Adán.
—Lo siento —me disculpé, roja de vergüenza—, es que no he comido nada desde ayer.
—Yo tampoco, y tengo un hambre feroz.
—No parece que vayamos a encontrar ningún McDonalds por aquí.
—Nunca se sabe, hay McDonalds por todas partes, si encontramos alguno te invito a un *Mcmenú*.
Miré al suelo con una sonrisa tonta y ridícula.
—Fin de trayecto —anunció.
Frente a nosotros había un muro de piedra oscura que se alzaba sobre nuestras cabezas y se extendía a ambos lados, perdiéndose a izquierda y derecha. A unos metros había un arco de medio punto que abría una entrada hacia el otro lado. No tenía adornos, ni columnas o ningún tipo de decoración más allá de una inscripción sobre el contrafuerte, cincelada en la roca.
—¿Qué pone ahí? —preguntó Adán con los ojos entornados.
—A ver… Dice: «Sin dejar de caminar nada has de tocar, antes de la campana escuchar, sino deberás empezar». Será una adivinanza.
Adán soltó mi brazo y escudriñó la pared con atención.

—Creo que es la entrada a un laberinto. Mira esto —señaló a un lado del arco—. Parece un mapa.

—¿Un laberinto con instrucciones? La primera a la derecha… La tercera a la izquierda… Uf, demasiada información para memorizarla —dije después de echar un vistazo.

—Toma esto, tal vez sirva.

Sacó un bolígrafo del interior de su chaqueta.

—¡Buena idea! Lo apuntaré en mi brazo, a menos que también tengas papel ahí dentro.

—Ejem... Pues no, lo siento.

Comencé por mi antebrazo izquierdo y cuando llegué a la altura del codo empecé a escribir en el derecho.

—Me estoy quedando sin brazos.

—Yo tengo otros dos —ofreció remangándose.

No tuve más remedio que apuntar los últimos pasos en su brazo izquierdo.

—Ya está. Este sitio debe ser enorme —dije.

—Será mejor que no nos separemos.

Nos agarramos de la mano y nos asomamos. El pasillo se alargaba a ambos lados, idéntico.

—Al menos no chocaré contra nada —dijo animado.

Aunque él, tan entusiasta, lo viese como un juego, mi impresión fue bien distinta. Tal vez fuera porque su mala vista pasó por alto lo tétrico y deprimente que era. Del mismo modo que en el bosque, tuve la sensación de que alguien vigilaba cada paso que daba, cada gesto, cada exhalación de aire. Sumado a eso, las paredes eran tan altas y el pasillo tan estrecho que era inevitable sentir claustrofobia. El muro parecía inclinarse sobre nosotros, hostil.

Al menos la mano de Adán me reconfortó, estar sola en el laberinto era un horror y habría acabado sollozando en alguna esquina muerta de miedo.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó él.

—Hacia la derecha, según mi antebrazo.

Echamos a andar y nos internamos en el laberinto.

El laberinto, repetitivo y tedioso, no tenía final. Paramos a descansar y Adán se sentó en el suelo. Yo me senté frente a él, en el otro lado de la pared.

—Estoy cansado. Me duelen mucho los pies y la espalda —se quejó.

Sus ánimos flaquearon por primera vez desde que nos encontramos. Lo entendía, yo también estaba agotada y hambrienta y las zapatillas me hacían daño así que me descalcé. Tenía ampollas en los pies, lo iba a pasar mal si la caminata se alargaba.

—Pararemos un poco, nos vendrá bien. Llevamos horas caminando. Además, nos quedan pocos pasos.

—Lo mismo están mal y acabamos perdidos —dijo desganado.

—No, los hemos seguido al pie de la letra, estoy segura de que conducen a la salida. Ya queda menos. —Me recosté sobre la pared —. Me duele el estómago de hambre.

—Lo que daría por una pizza familiar cuatro estaciones —dijo mordiéndose el labio—. Algún día te llevaré a la mejor pizzería del mundo, esta muy cerca de mi estudio.

—Esperemos que ese día sea pronto, sino el próximo que entre al laberinto se topará con dos esqueletos.

La idea le hizo gracia. Se recostó en el suelo, sin importarle las molestas rocas, y me miró con la cabeza apoyada en la mano.

—¿Te han dicho alguna vez lo guapa que eres? —dijo mirándome fijamente, aunque di por hecho que a esa distancia solo veía un borrón.

—Eso lo dices porque no llevas las gafas. —Me sonrojé y miré a otra parte.

—Bobadas…

Se enderezó y gateó para sentarse junto a mí.

—Desde aquí sigues siendo guapa.

Dejó resbalar un dedo por mi mejilla y sentí que me ruborizaba.

—¿Pretendes seducirme? —dije al reflejarme en sus enormes ojos color miel.

—Tal vez…

Su mirada era magnética, hipnótica. Me dejé atraer por ella y sentí la acuciante necesidad de besarle a pesar de haberlo conocido hacía unas horas. Había algo en él, algo mágico, que me fascinaba y me atraía enormemente.

El hechizo se rompió cuando una campana tañó en el silencio del laberinto. Sonó aplastante y rotunda, como un trueno poderoso, redobló tres veces y la pared donde nos apoyábamos crujió.

Grité al tiempo que un muro surgía del suelo, dispuesto a separarme de Adán.

—¡Rápido, Claudia, salta! —gritó.

Apoyé las manos y me encaramé en lo alto. El suelo se alejaba con rapidez mientras que Adán extendía los brazos para que saltase. Cerré los ojos y me dejé caer. Me cogió al vuelo, o más bien amortiguó la caída. Acabó aplastado debajo de mí.

—¿Estás bien?

—Sí… —dijo con trabajo.

Le ofrecí la mano para que se pusiera en pie.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó rascándose la cabeza, dolorido.

El ajetreo de muros cambiando de sitio, surgiendo aquí y allá, se esfumó y el silencio volvió a instalarse a nuestro alrededor.

—Eso fue una campana.

—Al menos hizo *tolón*.

—No te burles —me quejé—. Recuerda lo que había escrito en la puerta. «Sin dejar de caminar nada has de tocar, antes de la campana escuchar, sino deberás empezar». La campana hace que el laberinto cambie, ahora tenemos

que empezar de nuevo. —Me señalé el antebrazo.

—Joder —resopló.

—Será mejor que nos demos prisa si queremos salir antes de que suene otra vez la dichosa campana.

Adán asintió. Cogí su mano con fuerza.

—Hacia la derecha —dije.

Salimos al trote.

Paramos un momento a recuperar el aliento. Apoyé la espalda sobre la roca fría y me incliné al tiempo que las gotas de sudor se escurrían por mi mentón. Estaba sudando de pies a cabeza, no sabía cómo pero llevaba corriendo al menos una hora, era mi primer maratón, si acaso a ese trote lastimero podía llamársele correr. A esas alturas me resultaba imposible mantener el ritmo, Adán tenía mejor forma física y, aunque jadeaba, todavía le quedaba energía para continuar.

—¡Vamos! Si paramos podría sonar la campana, ya falta poco —me animó. Tenía el pelo húmedo y pegado a la cara.

—No… puedo… más... —resollé.

Cerré los ojos conteniendo las nauseas. Me faltaba el aire, el costado me punzaba y los pulmones iban a explotarme de un momento a otro. Pero Adán llevaba razón, teníamos que darnos prisa antes de que tañese la campana sino tendríamos que empezar y yo moriría en el intento.

—Venga… sigamos… —dije.

A cada paso mis pies se quejaban, palpitaban y me ardían. Las ampollas de los dedos se habían reventado y notaba los calcetines húmedos, ensangrentados. Apreté la mano de Adán al sentir el escozor.

¡Maldito lugar! Las rocas negras no tenían fin, los pasillos se alargaban, torcían y convergían replegándose sobre sí mismos, engañándonos con esquinas falsas y espejismos. Las indicaciones de mi brazo se empezaban a borrar con el sudor y me costaba leerlas. Íbamos por la mitad de mi segundo antebrazo cuando Adán paró.

Estábamos en el centro del laberinto. Lo supe porque era un patio circular rodeado por arcos, presidido por un manzano.

—¡Manzanas! —grité. Empecé a salivar sin despegar los ojos de esas formas redondas y verdes que colgaban sanas y apetitosas de las ramas.

Solté a Adán, olvidándome de su seguridad, y fui hasta el manzano. Intenté alcanzar una manzana, parecía tan sabrosa y yo estaba tan hambrienta…

—¡Espera! —Adán me detuvo—. No las toques.

—Pero… —bajé el brazo con ojos apenados, como si la manzana estuviese bañada en oro.

—Recuerda la frase del principio, «nada has de tocar». No sabemos qué puede pasar si coges una.

—Tengo tanta hambre…

A juzgar por la sonrisa de Adán, mi gesto debió ser muy gracioso. Se acercó y me sostuvo la mano entre las suyas.

—Cuando salgamos de aquí tendrás todas las manzanas que quieras.

Dejé que tirase de mí hasta uno de los arcos mientras nos alejábamos del árbol. Las manzanas nunca me gustaron pero haberle hincado el diente a alguna de aquellas habría sido una gozada.

—Ya vamos por mi brazo —avisó Adán—. Pronto estaremos fuera.

Ahora era él quien me guiaba a través de los pasadizos. No me fiaba de su vista pero estaba tan cansada que me dejé llevar. En realidad arrastraba las piernas, intentando no pensar en el dolor agudo de mis pies y el vacío hiriente de mi estómago.

—Agua… —divagué.

Adán miró atrás, preocupado por mi patético aspecto enfermizo.

—¿Dijiste en serio… eso de que te parezco guapa...? —me esforcé en preguntar.

Tenía la sensación de que iba a desplomarme y a morir de extenuación en aquellos pasillos tan horribles.

No contestó pero supuse que sonreía.

—¡Hey! —se detuvo y señaló al suelo.

—¿Unas gafas? —pregunté arrugando la nariz.

—Mis gafas, si concretamos un poco más. ¡Qué suerte!, he estado a punto de pisarlas. Me pregunto qué hacen aquí.

Se agachó, las cogió y se las puso.

—¡Cielos! Este sitio es más feo de lo que pensaba —exclamó.

Sonreí. Las gafas le agrandaban los ojos y parecía un sapo.

—Ejem…

Se escuchó detrás de nosotros.

—«Nada has de tocar» —susurré —. Ay, Dios…

Cruzamos miradas y nos giramos sin respirar.

Adán dejó escapar un resuello cuando nos enfrentamos al pequeño individuo que nos salió al paso. El hombrecillo nos examinó desde su escaso metro cincuenta como si fuésemos un par de insectos. Tenía la cara redonda como una bola de helado de nata y unos ojos pequeños como cacahuetes, llevaba unas gafas de montura metálica, sin cristales, e iba vestido de militar con un sombrero de Napoleón. Hasta la pose, con la mano derecha oculta bajo la pechera de la casaca, me recordó al Emperador francés.

—¿Acaso es que no sabéis leer? —preguntó con una ridícula vocecilla, digna de un ratón parlanchín.

—¿Qué… qué… —balbució Adán.

Yo estaba sin aliento y aproveché la parada para recuperar el oxígeno que me faltaba.

—¡El letrero de la puerta, estúpido! —aulló ceñudo.

—Ten cuidado, el chiquitín parece enfadado —susurré.

—«Sin dejar de caminar nada has de tocar, antes de la campana escuchar, sino deberás empezar» —nos recordó—. ¡Nada has de tocar! ¿Sois tan ineptos que no entendisteis la frase?

—Sí la entendimos —acertó a decir Adán—. Pero es que éstas son mis gafas, las necesito para poder ver —se justificó.

—Las necesito para poder ver —repitió el enano con voz estúpida—. ¡Éste es mi suelo, así que esas gafas son mías!

—De eso nada —se envalentonó—. Son mías.

—¿Con que esas tenemos, eh?

Mini Napoleón se irguió y nos retó con los ojos bien abiertos.

—Dáselas, no hagas que se enfade —supliqué.

—Tranquila, ¿qué va hacer? Podría aplastarlo de un pisotón —dijo, tozudo.

—No. Dale las gafas y larguémonos de aquí.

—Haz caso a la chica, es más lista que tú —gruñó Napoleón.

—¡Te reto a un duelo! El que gane se queda con las gafas —propuso Adán muy seguro de lo que decía.

—De acuerdo —sonrió como un payaso—. Si consigues escapar, podrás quedarte con las gafas. ¡Y con tu cabeza ja, ja, ja!

Sacó un silbato de la chaqueta y sopló con fuerza. El pitido me taladró los oídos de tal manera que estuve a punto de caer desvanecida. El alarido que se escuchó después fue mucho peor porque hizo que me retumbara el cráneo.

Miré a Adán, aterrada, ya no parecía tan seguro de sí mismo.

Algo se acercaba galopando, aplastando el suelo con unas garras enormes y devastadoras. El pasillo temblaba con cada trote mientras que el aire vibraba por los constantes aullidos y el hedor que desprendía. Todavía estaba lejos pero aun así podíamos olerlo, escucharlo y, sobre todo, temerlo.

—Larguémonos de aquí —dije en un susurro atemorizado.

El pequeño Napoleón reía, quizás porque iba a ganar la batalla o tal vez porque le divertía nuestras caras de pánico. Tras su espalda llovían rocas, el animal se dirigía hacia nosotros embistiendo las paredes que encontraba a su paso para atravesarlas como si fuesen de cartulina. Para esa fiera no había barreras y, pese a lo intrincado del laberinto, corría en línea recta.

—¡Tráeme sus cabezas! ¡Ja, ja, ja! —rió Napoleón, dando saltitos de entusiasmo.

—¡Adán! —grité al ver a la bestia.

Era gigantesca. Blandía la cabeza de un lado a otro salpicando las paredes con babas espesas y las fauces abiertas, atestadas de dientes negros. Tenía la boca tan grande que podía engullirnos a ambos de un bocado. Corría a cuatro patas, con el lomo arqueado, coronado por una cresta de pelo blanco mientras que el resto estaba cubierto por un pelaje espeso y negro. Nunca había visto un felino tan grande, quizás podría compararse con un león, si es que acaso existieran los leones de más de tres metros. Las zarpas eran impresionantes, con ellas era capaz de aplastar a varios hombres a la vez.

Adán tiró de mi al tiempo que corría espantado.

—¡Está muy cerca! —grité.

La fiera infernal era muy rápida, de una zancada recorría varios metros sin esfuerzo mientras que Adán corría como podía, siguiendo las indicaciones de

su brazo. Tiraba de mí como si fuera una muñeca de trapo, era incapaz de correr más rápido a pesar de tener a la bestia pisándonos los talones.

—¡Adán, no puedo más! —dije rindiéndome—. ¡Sálvate tú!

Lo estaba retrasando y no quería que el engendro lo devorase por mi culpa.

—¡Estás loca! ¡¿Qué pasa con tu hermano?! —gritó a la carrera.

Tenía razón. No podía rendirme ante el monstruo porque si moría, ¿qué sería de Dani? Mi hermano estaba perdido en alguna parte de ese mundo de locos y yo era su única esperanza para volver a casa. Debía encontrarlo, era mi responsabilidad, mi hermano, y por más que me fastidiara o nos peleásemos, él era mi familia.

Aferré la mano de Adán y, con los dientes apretados, consumí la poca fuerza que me quedaba. Creí que me desmoronaba y gruñí, me dolía hasta el alma. Mis piernas se movían por cuenta propia pero apenas podía respirar, me ahogaba.

La bestia aulló tras nosotros, resbalaba sobre la arena y embestía las paredes del pasillo con un equilibrio penoso, aun así pateaba el suelo con las garras y avanzaba por metros sin dejar de bufar y gruñir, impaciente por catar nuestra carne. Era cuestión de tiempo que acabáramos despedazados por sus fauces.

Saltó con las garras extendidas y las uñas, afiladas como cuchillos, a la vista.

Grité, a la espera de que me aplastara, pero antes caí al suelo y resbalé sobre la gravilla.

Lloré y me encogí, rendida ante lo inevitable.

Las lágrimas me cegaron, era mejor así porque no quería ver cómo nos devoraba. Quizás antes muriera de infarto, el pecho iba a explotarme y los pulmones, estancados, dejaron de funcionar. Por más que boqueé fui incapaz de respirar, me asfixiaba con la misma rapidez que me envolvían las tinieblas.

Iba a desvanecerme y Adán cogió mi cara entre sus manos.

—¡Tranquila, Claudia! —dijo desesperado—. ¡Respira!

Quería quedarme con él, agarrar de nuevo su mano, pero el pánico acabó por derrotarme y volví los ojos en blanco. Perdí la consciencia y el brazo con el que me aferraba a Adán cayó flácido al suelo.

—Claudia…

No pude responder porque la oscuridad me atrapó.

Era aire lo que hinchaba mis pulmones. Un aire prestado que intentaba vencer a la oscuridad, revivirme y traerme de vuelta.

Cuando volví en sí, los labios de Adán sellaban los míos. Era él quien me prestaba su aliento. Tosí al respirar por mí misma y lo miré con ojos lastimeros.

Lloré.

—Tranquila —. Me abrazó—. Estás bien.

—Quiero irme a casa —sollocé apoyada en su pecho.

Era cálido, reconfortante, entre sus brazos me sentía a salvo y me habría

gustado que la sensación durase. Ahogué un grito al ver a la bestia a pocos metros de nosotros.

—Cálmate, no puede alcanzarnos. Creo que no puede salir del laberinto.

De igual modo que la entrada, la salida era un arco flanqueado por muros que se extendían a ambos lados, perdiéndose de vista. No sé cómo conseguimos atravesar la puerta y dejar a la bestia atrás. Se paseaba de un lado y a otro, ansiosa, exhalando bocanadas de aliento que arrancaba remolinos del suelo.

—¡Nunca lo conseguiremos! —me eche a llorar de nuevo—. Moriremos aquí, en este sitio horrible. Si no nos devoran, moriremos de hambre o cansancio.

—¿Estás segura? —preguntó.

Señaló hacia el norte.

—¡La colina! —exclamé.

Estaba lejos pero desde allí se divisaba la casa que encumbraba la colina. Apenas se apreciaba, en el horizonte era una mancha oscura, como un grano infecto de punta ennegrecida, aunque podían distinguirse algunas torretas puntiagudas apuntando a las nubes grises.

—Ya falta menos —dijo Adán.

Me limpió el polvo de las mejillas. Las gafas le agrandaban los ojos como los de un sapo pero así y todo tenía un encanto arrebatador. Estuve tentada de besarle, quizás así se convirtiera en príncipe, pero no me atreví y me aparté con el corazón azorado.

—Será mejor que nos alejemos de aquí, no me fío de esa cosa —dije.

Tuvo que ayudarme porque me flaqueaban las piernas. Había dado esquinazo a la muerte, una vez más, pero mi cuerpo estaba extenuado por tanta carrera y sobresalto.

Me sacudí el pantalón, estúpidamente porque la mugre no iba a mejorar por mucho que lo sacudiera.

—¡Gato malo! —grité a la bestia, que todavía nos acechaba.

»Y tú, si me hubieras hecho caso... ¿Cómo se te ocurre retar al enano?

Golpeé a Adán en el hombro.

—Al final me he salido con la mía. Tengo mis gafas.

Sonrió, y por un momento estuve tentada de rompérselas de un puñetazo. Podríamos haber muerto por su tozudez, aunque por otro lado, de no ser por él, la bestia me habría devorado y ahora estaría rebañando mis huesos.

Me agarró de la mano, supongo que por costumbre.

—Ya puedes ver.

—¿Qué importa? —contestó, y me estrechó más fuerte.

ACTO II

La colina estaba más lejos de lo que parecía, además nos movíamos a paso de tortuga. Cojeaba agarrada del brazo de Adán porque mis piernas se negaban a sostenerme, íbamos a tardar una eternidad en llegar en ese estado.

A mi pesar, decidimos parar a descansar porque estábamos exhaustos. La sonrisa de Adán hacía horas que se había esfumado y parecía tan derrotado como yo. El Bosque Muerto nos estaba consumiendo, y no se trataba de la caminata, la falta de comida o la sed, había algo más, algo siniestro que nos chupaba la fuerza como un vampiro energético.

Dormimos un rato, por turnos, y reanudamos la marcha horas antes de que oscureciera.

La siesta me hizo bien, aunque el dolor de pies y estómago seguían ahí, tenía tanta hambre que hasta me planteé lametear corteza reseca, que era lo único que había por allí.

El horizonte empezaba a oscurecer y a ninguno nos hacía gracia que nos pillara la noche, ya sabíamos qué clase de criaturas moraban en el bosque durante las horas más oscuras. Apretamos la marcha, a duras penas, y conseguimos llegar al pie de la colina antes de que anocheciera.

La casa nos miró desde la cumbre, siniestra y retorcida, propia de cualquier película de terror. Era enorme, de fachada gris y piedra agrietada, flanqueada por dos torretas afiladas en punta. Las ventanas, negras porque dentro estaban las luces apagadas, eran ojos que nos vigilaban. De algún modo la casa tenía vida propia, al menos tenía la sensación de que de un momento a otro iban a salirle patitas y a largarse cuesta abajo.

—Queda poco —me alentó Adán.

Me golpeó el hombro para animarme.

De no ser porque era mi único objetivo, y quizás mi única forma de encontrar a mi hermano y regresar a casa, habría evitado acercarme a semejante lugar. Rezaba porque Él nos atendería en la puerta para no tener que pasar del umbral. Si la fachada era tan espeluznante, a saber qué encontraríamos dentro.

Subimos la pendiente en dirección a la casa, con decisión pero con el paso trabajoso y torpe. Estábamos demasiado cansados y la cuesta era empinada, nos costó un buen rato llegar a la cima porque tuvimos que hacer varias paradas para recuperar el aliento. Cuando lo conseguimos, ya era noche cerrada.

La madera tosca de la puerta se impuso sobre nosotros, enorme y misteriosa. Del centro colgaba un llamador redondo que pendía de la boca de algún tipo de demonio.

—Llama tú —pedí a Adán.

No me atreví, tal vez por los ojos tan feroces del diablo que sujetaba el aro.

Adán, con un resuello, levantó el llamador y golpeó un par de veces. Tras la puerta se escuchó un eco profundo, vacío, abismal, como si la casa entera

estuviese abandonada.

Esperamos.

Adán encogió los hombros y volvió a llamar, pero nadie contestó.

—Tal vez no haya nadie —supuso—. O están demasiado lejos como para oír la puerta.

—El Oráculo del bosque me dijo que Él estaba en la casa.

—¿Y te fías? No sé, aquí las cosas son siempre muy extrañas.

—Tenemos que encontrar la forma de entrar, puede que mi hermano esté ahí dentro. Hemos llegado hasta aquí y no voy a volver atrás.

—De acuerdo, quizás haya alguna ventana abierta o una puerta trasera. Echemos un vistazo.

Rodeamos la casa tanteando las ventanas del piso de abajo. No encontramos ninguna abierta. Escudriñé a través de una con las manos sobre el cristal y vi un saloncito con algunas sillas antiguas, un sofá empolvado y algún que otro mueble viejo, como los que tenía mi abuela en el recibidor de su casa, de esos que rechinaban y estaban llenos de agujeros. Las telarañas cubrían lámparas y estanterías mientras que la chimenea tenía una capa de ceniza, enfriada hacía mucho. Dudaba que nadie viviera en un lugar tan deprimente.

—No parece que haya nadie. Tal vez esté abandonada —dije.

—Esta casa es muy grande, lo mismo está arriba —sugirió él.

—Tiene que haber alguna forma de entrar. ¡Mira! ¿Qué es aquello de allí?

Más adelante había un invernadero, o eso me pareció. Era de cristal y estaba tan sucio y cubierto de maleza que no se distinguía el interior. Estaba pegado a la casa, quizás fuera un *solarium*, y lo mejor fue que encontramos una puerta abierta.

Entramos a hurtadillas, como ladrones, aunque cualquier cosa con la que nos topásemos iba a ser mucho más peligrosa y mortal que nosotros. Había tantas ramas y vegetación que para avanzar teníamos que despejar el camino.

Era una pena que todas las plantas estuviesen mustias, del mismo modo que un enfermo, porque el *solarium* habría sido espectacular de haber estado vivas.

—Espera —susurré. Lo agarré por la manga—. Creo que he escuchado algo.

Aguzamos el oído y escuchamos un sollozo acompañado del trompeteo estrepitoso de una nariz sonándose.

Avanzamos con cuidado, empeñados en pasar desapercibidos, pero la manta de ramas secas del suelo nos lo estaba poniendo difícil.

El llanto cesó de repente, quien fuera nos había escuchado, y contuvimos la respiración durante los segundos que duró el inquietante silencio.

—¡Oh! ¡Queridos! Ya era hora de que llegaseis —dijo una mujer, algo ronca y con cierto acento extranjero.

—Creo que se refiere a nosotros —susurró Adán.

Salimos de entre las ramas con las cabezas agachadas como dos niños

pillados en mitad de alguna travesura.

En el poco espacio que dejaban las plantas había una mesita de jardín con las patas decoradas con filigranas florales, oxidada y llena de telarañas. También había un par de sillas libres a juego con la mesa y una tercera ocupada por una señora. La mujer nos miró con una sonrisa lunática, que se me antojó impaciente, como si fuéramos la única compañía que hubiese tenido en años. La señora estaba entradita en años, tenía unas profundas arrugas en la frente, los ojos y en la comisura de la boca, que al tensar la sonrisa se le marcaban todavía más. La nariz puntiaguda apuntaba hacia arriba y, junto a la barbilla tan prominente, le daba aire de caricatura. El moño, recogido en alto, parecía blanco, y quizás lo fuera bajo la capa de polvo que lo cubría. La mujer daba la sensación de haber cogido polvo durante siglos.

—Queridos míos —dijo sin dejar de sonreír—. Sentaos, el té se enfría.

Sobre la mesa había una tetera, que hasta ese momento no había visto, tres tazas de porcelana y una bandejita con pastas de lo más apetitosas. En realidad daba igual el aspecto que tuvieran porque en aquel instante me habría comido cualquier cosa.

—¿Qué hacemos? —preguntó Adán entre dientes.

—Sentarnos —susurré—, cualquiera sabe qué hará si se mosquea. Pero no comas nada, podría envenenarnos o algo peor.

De modo que nos sentamos a la mesa con la señora centenaria.

Me fijé en la puerta del fondo que daba a la casa, era posible que estuviese abierta. Sobre ésta, en la pared, había un reloj redondo y amarilleado cuyas agujas retrocedieron hasta marcar las cinco en punto. Fuera, a través de las cristaleras, era noche cerrada.

—Es un placer tener compañía para tomar el té —dijo sirviendo las tazas.

La infusión humeaba y olía muy dulce. Tuve que esforzarme para no coger la taza y comerme hasta la porcelana.

—Sois una pareja encantadora jujuju.

Al reírse calló una cascada de polvo sobre los hombros y la mesa.

—Pero no seáis tímidos, bebed.

Se llevó la taza a la boca, sosteniéndola con dos dedos, el meñique levantado, y bebió. Yo cogí la mía e hice el mismo gesto pero cuando me aseguré de que no miraba, derramé a propósito el té en el suelo.

—Está delicioso —dije obligándome a sonreír.

—Me alegra que te guste, querida.

Ella cogió una pasta de la bandeja y la hizo sonar entre los dientes. A mi se me hizo la boca agua. Tal vez no ocurriese nada si probaba alguna. De todas formas ella las estaba comiendo también.

El hambre no me dejaba pensar con lucidez, no sabía qué efecto podían tener las galletas así que me contuve al recordar lo que le pasó a Alicia, cuando comió la galleta en el País de las Maravillas y creció hasta convertirse en una niña gigante. Me imaginé a mi misma creciendo allí dentro, estampándome contra los cristales mientras mi ropa crujía y se rasgaba. Era

posible que aplastara a Adán sin querer.

Él cogió una pastita con una guinda roja en el centro y, de la misma forma que hice con mi té, disimuló y la dejo caer al suelo.

—Que tarde más agradable —dijo Adán, tal vez para romper el molesto silencio.

—Hace un tiempo estupendo —añadió la señora bebiendo de la taza. Luego volvió a llenar las nuestras—. Es una tarde preciosa para compartir en compañía.

Miré por la cristalera. Menuda tarde más tétrica, pensé, pero no dije nada, la mujer no parecía demasiado cuerda.

—Menos mal que habéis llegado. Estaba esperando visita, ¿sabéis? Pero Él no ha llegado todavía —dijo con una mueca triste.

—¿Él? —me enderecé en la silla. Tal vez la loca del té supiera dónde podía encontrar al hombre misterioso.

—Sí, dijo que vendría a tomar el té conmigo —suspiró como si rememorase viejos tiempos—, me lo prometió. Yo estaba tan emocionada, un galán tomando el té conmigo. ¡Ay! —Volvió a suspirar, esta vez con un brillo anhelante en los ojos.

—¿Y a qué hora vendrá? —pregunté.

—¡Oh, querida! Llevo doscientos años esperándole y todavía no se ha dignado a aparecer.

Sacó un pañuelo apulgarado por el tiempo y se enjugó las lágrimas.

—Me rompió el corazón… Ahora sólo puedo esperar a que venga alguna visita de vez en cuando. No puedo irme por si acaso vuelve —sollozó.

—¿Sabes dónde puedo encontrarle? —pregunte esperanzada.

—No, no tengo ni idea, niña —dijo seca—. ¿Para qué quieres verle?

—Quiero preguntarle algunas cosas.

—Te romperá el corazón, como hizo con el mío.

—No creo que sea tan terrible —opinó Adán, que hasta el momento no había tomado parte en la conversación.

La mujer lo miró ceñuda y él disimuló tomando la taza y mirando a otra parte.

—Debemos irnos —dije—. He de encontrarle cuanto antes.

—¡Oh, querida! Pero es la hora del té, luego iréis —dijo ella. Y vertió de nuevo la tetera en mi taza.

El humo ascendió enrollándose en volutas, meciéndose bajo mi nariz. Era un aroma dulzón, agradable y tranquilizador. Tanto que me adormecí.

Miré el humo enroscarse y por primera vez desde que caí en aquel infierno no me sentí cansada ni dolorida. Estaba cómoda, demasiado, incluso olvidé a la señora centenaria y a Adán. No conversamos nada durante un rato pero no me molestó, estaba relajada y todo me parecía apacible y tranquilo. Por fin un poco de paz y descanso.

Miré distraída al reloj de la pared.

—¡Tenemos que irnos! —exclamé cuando vi que las agujas marcaban las

doce.

¡Llevábamos seis horas merendando! Estaba claro que allí la hora del té abarcaba una franja horaria muy amplia.

—¡Adán!

Lo zarandeé porque, al igual que yo, estaba extasiado con el humo. Me levanté de la silla.

—¡Nada de eso! —gritó la mujer, golpeando la mesa con fuerza—. No os habéis terminado la taza.

Me senté con calma, cogí la taza y llené la boca con el té, pero sin tragarlo. Sonreí con la boca llena, simulando que lo tragaba. Luego se fijó en Adán y aproveché para escupir el té. Estaba tan intimidado como yo así que sorbió de la taza siguiendo mi ejemplo. Se llenó la boca y disimuló a la espera de poder escupirlo.

—Así me gusta —dijo la mujer. Y le soltó una palmada en la espalda.

Adán dio una tragantada y tragó sin querer. Se le desorbitaron los ojos, igual que a mí. Durante unos instantes esperamos el efecto del brebaje pero por suerte no ocurrió nada. Quizás era cierto que solo se trataba de inofensivo té.

Suspiré, tranquila, hasta que la cabeza de Adán cayó sobre la mesa sonando como un martillo contra una pared.

—¡Adán!

—Hehehe… Eshta rico este té… hip —rió él, con la cabeza pegada a la mesa.

—Adán, estás… ¡Estás borracho! —adiviné. Al menos el té no le había matado.

—Jujuju. ¡Qué simpático! —rió la señora.

—Tenemos que irnos.

Esta vez no pensaba dejarme intimidar por la vieja loca. Ya podía golpear la mesa cuantas veces quisiera.

—Pero si lo estamos pashando mu bien…

Adán levantó la cabeza de la mesa. Tenía los ojos rojos y esa expresión estúpida y degradante del borracho de barra de bar.

La mujer aplaudió más contenta que unas pascuas.

—¡Mira, es Él! —señalé hacia la nada.

—¡Oh! ¿Dónde?

La mujer torció la cabeza a la vez que se acicalaba el moño, coqueta.

Aproveché para agarrar a Adán, me costó arrastrarlo porque estaba tan atontado por el té que le flaqueaban las piernas. A pesar de todo pudimos levantarnos y correr hacia la puerta antes de que la mujer centenaria se diese cuenta.

—¡Mentirosa! —gritó cuando alcancé el pomo de la puerta—. ¡Volved aquí, malditos! ¡Aún no hemos tomado las tostadas con mantequilla!

Miré atrás. No sabía de dónde pero había sacado un cuchillo enorme y lo blandía en el aire. Su sonrisa había dado paso a una mueca psicótica.

Gracias a la suerte, la puerta estaba abierta. La atravesé con Adán colgando de mi cuello, se tambaleaba y no paraba de reír atontado.

—Bien, ya estamos dentro —susurré a la oscuridad—. No puedo ver nada —lamenté sosteniendo con fuerza a Adán.

Escuché un chasquido y una pequeña llama chisporroteó.

—¿Fuego, sheñorita? —se balanceó sosteniendo un mechero.

—Será mejor que yo lo lleve.

Me entregó el mechero, sonriendo como un tonto, y alumbré el camino.

Era un pasillo, al menos el metro y medio que alumbraba la llama. Las paredes estaban empapeladas con flores pero estaban tan renegridas y polvorientas que apenas se apreciaban los dibujos. Por su parte, las losas rojizas del suelo estaban combadas o rotas y, por la capa de polvo que las cubría, se diría que hacía siglos que nadie las pisaba.

—Sigue el camino de baldosas amarillas, Dorothy. ¡Hip! Hehehe.

Me agarró de la cintura y bailó dando vueltas.

—¡Vamos a ver al mago, al mago, al mago de Oz! —canturreó.

—¡Para ya!

El mechero se apagó con tanto jolgorio y nos quedamos a oscuras.

—No sheas aburrida, bailemos un rato…

—Shh, silencio —dije al tiempo que encendía la llama—. ¿No oyes algo?

—Um… no.

—Calla —le tapé la boca.

Dimos un par de pasos pero volví a quedarme quieta, atenta al rumor de la oscuridad.

En algún lugar, demasiado cerca, un sonido viscoso y serpenteante se escurría por el pasillo. Averiguar qué era no entraba en mis planes, tampoco pensaba esperar a que nos saludase lo que se arrastraba hacia nosotros, así que avanzamos aprisa en busca de una salida para ponernos a salvo.

La llama alumbró una puerta con un cartel que rezaba: «Aula 13».

Qué oportuno, pensé. El pomo crujió con un chasquido, pasamos dentro y cerré agradecida de no haber visto a nuestro amigo de fuera.

Dentro había suficiente luz así que apagué el mechero y lo guardé en el bolsillo.

Pese a que el cartel de la puerta nos puso sobre aviso, me sorprendió de igual forma encontrar un aula de colegio. Arcaica y pasada de moda, eso sí, pero con sus pupitres de madera, una pizarra al frente y un mapamundi colgado tras la mesa del profesor que, como antaño, estaba elevada en una plataforma para tener a la clase vigilada desde las alturas.

Dejé a Adán en una sillita demasiado pequeña para él. Acabó con las rodillas pegadas al pecho y la cabeza recostada sobre el pupitre. Balbuceaba como un bebé.

Había una alumna sentada en la primera fila, vestida con un uniforme de camisa blanca y falda de tablas a cuadros grises. Tenía la melena rubia, le caía por la espalda. Era lo único que podía ver desde atrás.

—Hola —dije.

La niña dibujaba en un cuaderno y parecía ocupada en sus quehaceres.

—Perdona que te moleste. Estoy buscando a alguien, tal vez puedas ayudarme.

Evité acercarme porque a esas alturas era toda una experta en situaciones comprometidas y sabía que allí podía pasar cualquier cosa. Mientras estuviese en aquel mundo debía andar con pies de plomo porque de otro modo acabaría muerta o algo peor.

Di un rodeo para encararla, a una distancia prudencial.

Me las vi con el rostro de un mono, quizás de una descendiente de *big foods*, al menos tenía más pelo que un orangután. El pelaje rubio la cubría por completo, incluso las manitas y las orejas quedaban ocultas bajo la mata rubia mientras que en la cara solo se distinguían un par de ojillos vivarachos y dulces. Pese al aspecto animal, la expresión era la de una niña.

Levantó la vista del papel y los cachetes peludos se elevaron cuando sonrió con amabilidad.

—Hola —repetí, más confiada.

Ella asintió. Después de todo me entendía, solo esperaba que tuviera el raciocinio de un humano y no el de un primate.

—Estoy buscando a un hombre con el que tengo que hablar.

Lo pensé un poco, las señas eran demasiado imprecisas.

—Lo estoy buscando a Él.

Entendió enseguida a quién me refería y asintió. Era una suerte que fuera una criatura inteligente, aunque muda.

—¿Sabes dónde está?

—¡Yo lo sé, sheñorita!

Adán levantó el brazo y lo zarandeó, ansioso por responder y ser el más listo de la clase. Cuando vio que no le hacía caso volvió a desplomarse sobre la mesa.

—¿Sabes dónde puedo encontrarle? —volví a insistir.

Encogió los hombros.

Ya era una suerte que no quisiera comernos, que además tuviera las respuestas a mis preguntas era mucho pedir.

La niña agarró el cuaderno y me enseñó el dibujo. En él aparecía una ninfa de vestido vaporoso que emergía del agua entre rallos de luz. Lo extraño es que también nos había dibujado a Adán, a ella y a mí agarrados de la mano.

Señaló con insistencia a la mujer del dibujo.

—Um —dijo.

—¿Ella sabe dónde encontrarlo?

Asintió.

—¿Y cómo daremos con ella?

Se puso en pie, fue hasta la puerta y aventó la mano. Quería que la acompañáramos.

Fui a por Adán, que seguía con su peculiar borrachera, y con él colgando

del cuello salimos otra vez al pasillo.

Encendí el mechero para que nos alumbrase.

La niña encabezó la marcha y nos guió pegada a la pared y en silencio, conocedora del mal que rondaba el corredor. Entendí que era vital pasar inadvertidos mientras recorriéramos las galerías de la casa.

—Hip —hipó Adán.

La niña se volvió, preocupada, y se llevó un dedo al hocico pidiendo silencio. Era peligroso andar por allí y de nuestro sigilo dependía salir ilesos.

Le tapé la boca a Adán, por si se le ocurría cantar otra vez.

De nuevo escuché ese sonido viscoso y repulsivo, de babas arrastradas por el suelo. La niña se asustó y tiró de mi ropa para que corriera. Lo que fuera nos perseguía, lo escuchaba detrás de nosotros, cada vez más cerca. Intenté divisarlo y el pobre haz de luz alumbró un tentáculo negro que serpenteaba por la pared.

Lo teníamos casi encima y la niña peluda se interpuso entre nosotros y la criatura, enfrentándose al engendro, que parecía habérselo pensado por el encaro de la cría.

Intenté alumbrarlo pero la luz del mechero era muy pobre y la criatura tan negra que se confundía con las sombras. Por otro lado era mejor así, los tentáculos que llegué a distinguir eran suficiente repulsivos y prefería no tener que ver el conjunto entero.

La niña gruñó a la oscuridad, que le devolvió un sonido regurgitante, y antes de poder reaccionar, el bicho saltó sobre nosotros como un pulpo.

Grité y cerré los ojos.

—¡Adán!

Se me escurrió de los dedos cuando la niña me empujó contra una puerta. Caí de espaldas y corrí a cerrarla antes de que el bicho intentara cogerme.

De rodillas, temblando como la gelatina, recogí el mechero del suelo y me lo guardé en el bolsillo. Ahí dentro estaba fuera del alcance del pulpo pero Adán se había quedado fuera. Solo esperaba que la niña peluda lo protegiera.

A mi espalda había un aseo alargado, con los retretes a la derecha y un espejo a la izquierda sobre lavabos amarillentos y carcomidos por la humedad. He estado en sitios peores, pensé, aunque las estatuas que había repartidas por la habitación estaban fuera de lugar. Eran blancas, impolutas como escayola recién modelada, y representaban a hombres y mujeres en poses demasiado obscenas. Al menos iban vestidos con más capas de ropa de las necesarias, las vestimentas de cortesanos que lucían debieron ser el último grito en la corte de Luis XIV, el rey francés. Un museo así, y en un baño, resultaba de lo más extravagante, pero quién era yo para juzgar los desvaríos de aquel manicomio.

Ignoré a las figuras y me centré en lo importante. Debía echar un cable a Adán y a la niña peluda que, pese a pelear como una osa, era posible que acabara estrangulada por algún tentáculo. Por otra parte, estar encerrada con las estatuas era inquietante así que abrí un tanto la puerta.

La volví a cerrar, con un grito, en cuanto las lianas negras se precipitaron

hacia mí como lanzas.

Jadeé nerviosa, apoyada sobre la hoja y a punto de echarme a llorar.

Adán seguía fuera, no podía pensar en otra cosa.

Un sonido, de arenilla cayendo al suelo, me hizo temer lo peor.

Las estatuas despertaban de un largo sueño, se desperezaban y bostezaban tan blancos como la escayola. Uno de ellos, un hombre de peluca rizada en enormes bucles y sombrero de tres picos, se contoneó y sonrió sibilino.

—No temas, hermosa dama —siseó con un susurro sensual.

Quedé paralizada, apoyada en la puerta, mi cuerpo no respondía.

La estatua, o lo que fuera esa cosa, estaba muy cerca, tanto que sostuvo mi mano lánguida y se inclinó sobre ella para besarla.

—Hermosa dama, quédate con nosotros.

Por alguna razón, y aún presintiendo que debía huir de ellos, era incapaz de pestañear. Estaba paralizada por algún extraño hechizo que me recorría de pies a cabeza como si fuera un millar de hormigas.

Las demás figuras se acercaron con pasos sinuosos y felinos. Algunos me miraban con deseo, otros jocosos. El hombre continuó besando mi brazo, cada vez más arriba, mientras que su respiración se encendía. Estaba excitado. Llegó al cuello, deslizó la lengua blanca al tiempo que me agarraba los pechos con lujuria.

Seguía sin poder moverme pero las lágrimas abordaron mis mejillas cuando de las paredes chorreó sangre. La habitación se teñía de carmesí mientras que de los retretes y los lavabos rebosaba el líquido rojo.

Había manos que me tocaban en partes del cuerpo que jamás hubiera consentido, quería gritar pero estaba muda y mi voluntad anulada.

¡Adán!, gritaba en mi mente.

Una mano me obedeció y la deslicé hasta agarrar el pomo. La sentía acolchada, anestesiada, era un esfuerzo titánico moverla porque de repente pesaba toneladas.

—Quédate con nosotros. Para siempre —jadeó.

Iba a clavarme los colmillos, largos y punzantes como agujas, pero conseguí abrir la puerta y caí de espaldas al pasillo.

Me arrastré por el suelo hasta topar con la pared de enfrente. Volvía a ser dueña de mi cuerpo. El influjo de los vampiros se quedó en el baño, al igual que ellos, que con las manos extendidas rogaban por alcanzarme. Como el monstruo del laberinto, estaban condenados en su pequeño mundo de lujuria.

—Vuelve —pidieron con lloros y súplicas.

Miré a ambos lados. No había rastro de tentáculos por ninguna parte.

—¡Adán! —llamé hacia la oscuridad—. ¿Niña peluda? —intenté, pero no había rastro de ellos.

Temí lo peor. Temí haberme quedado sola en la casa endiablada.

Me puse en pie y encendí el mechero. Dejé atrás los lamentos de los vampiros de escayola y me adentré otra vez en la oscuridad. No sabía hacia dónde dirigirme pero confiaba en divisar alguna señal que me guiase hasta la

mujer del resplandor.

Anduve en la oscuridad, suspendida en el tiempo, pues entre el silencio y el triste haz de luz que me alumbraba cada minuto parecía el mismo.

Escuché el sollozo de un niño, débil, melancólico, triste, y no supe si alegrarme de haber encontrado a alguien o echarme a llorar también. Quizás fuera Dani quien lloraba, tal vez había encontrado a mi hermano. Deseé con toda mi alma que así fuera y corrí a su encuentro pero el crío que lloraba en mitad de pasillo no era mi hermano. Vestía el mismo uniforme que la niña peluda, era más bajito que mi protectora, de piel blanca como la leche y se tapaba los ojos con los puños.

—¿Has visto una niña peluda por aquí? —pregunté sin titubeos. Ya que llevaba el mismo uniforme era posible que fueran compañeros y la conociera.

Siguió con la llantina sin hacerme caso.

Resoplé. Estaba harta de las rarezas de aquella casa, y más aún de que me ningunearan.

—¡Te estoy hablando, mocoso!

Corrió.

—¡Ey!

Y yo lo seguí.

Sin darme cuenta, el miedo se había convertido en determinación. Habían intentado triturarme, escaldarme, devorarme, drogarme y hasta violarme, ¿podía pasar algo peor?

Corrí tras del mocoso y más adelante la oscuridad del corredor se tornó en penumbra. La luz se colaba a través de una pared de cristal, cubierta por plantas mustias como las del invernadero por el que nos colamos a la casa. Desde el pasillo era imposible ver lo que había detrás.

—¡Estoy harta! —aullé dando zancadas hacia el niño—. Vas a decirme dónde está Él, sé que lo sabes. ¡Todos lo sabéis!

Adelanté una mano para agarrar al niño pero lo atravesé como si fuese un espectro. Entonces apartó los puños y me miró. ¡Qué terrible expresión! Era odio, melancolía, confusión y una profunda tristeza. Las cuencas vacías, de las que chorreaban lágrimas negras, me reprocharon el atrevimiento y por un momento se me heló la sangre.

Retrocedí con los ojos clavados en los huecos negros, incapaz de apartar la mirada.

El niño gritó con una rabia visceral, de esa que te carcome las entrañas si no te deshaces de ella a tiempo, se abalanzó a por mí y me empujó con tal fuerza que atravesé la pared de cristal. Se rompió en lágrimas diminutas que se desperdigaron por el suelo, patiné sobre ellas y caí de espaldas en agua helada.

Sumergida, abrí los ojos frente a la manta de cadáveres que se extendía en el fondo. Cientos de ojos velados se clavaron en mí y los muertos extendieron los brazos putrefactos para agarrarme. Pateé horrorizada y traté de nadar a la superficie pero había perdido la orientación.

Tiraron de mí, sin saber si hacia el fondo o hacia arriba, y alguien me sacó del agua.

—¡Niña peluda!

Estaba empapada y sin aliento pero me alegró tanto ver a mi salvadora que la abracé.

—Hehehe.

También escuché la risa de mi compañero de penurias.

—¡Adán! —dije con un mohín—. Sigues vivo.

Intenté sonreír, aunque solo conseguí una mueca triste. Él me abrazó con cariño. Todavía le duraba la borrachera y se balanceaba como el lazo de una cometa pero me apretó como si me hubiese extrañado.

—Te quiero —dijo, y me besó.

Fue un beso sincero y tierno que consiguió que me temblasen las rodillas. Cerré los ojos y lo sentí con el alma. Adán sonrió, sin soltarme, mientras la niña peluda, con cierta vergüenza, señaló la piscina de la que me había rescatado. Era grande como una piscina olímpica salvo que en el fondo, en lugar de líneas separando las calles, había cadáveres podridos.

Escurrí mi camiseta y también el pelo, estaba calada hasta los huesos.

—¿Ahora qué? —pregunté a la niña.

Señaló al centro de la piscina.

Había un punto de luz blanca que resplandecía entre la podredumbre como un diamante oculto en una montaña de basura. Emergía del fondo cada vez más grande, cada vez más brillante, esperamos con paciencia porque se movía con lentitud a pesar de nuestra urgencia. Cuando el resplandor surgió del agua lo hizo en forma de mujer. Era hermosa, de piel clara y resplandeciente, con el cabello largo, y plateado que caía por su espalda como una cascada. Del mismo modo que el vestido de gasa blanca que ondeaba como si lo meciera una brisa imaginaria. Tenía los ojos blancos y con ellos nos miró.

—¿Qué queréis de la Dama Blanca? —preguntó.

La niña peluda me dio un golpecito en el brazo porque me había quedado boquiabierta ante la deslumbrante figura, que parecía una diosa clásica. Flotaba sobre la piscina y el vestido se arremolinaba a su alrededor como pétalos de una flor.

—E… estoy buscandolo a Él —acerté a decir—. El Oráculo del Bosque Muerto me dijo que lo encontraría en esta casa.

—El Oráculo te dijo la verdad, humana.

—Entonces, ¿sabes dónde puedo encontrarlo?

—Sí.

—Dime dónde está, por favor.

No podía creerlo, al fin alguien iba a darme una respuesta.

—Él no vive en la casa. Este mundo es su tablero de juego, donde mueve los peones, pero aquí está la puerta que te conducirá hasta su guarida.

—¿Y dónde está esa puerta?

—Tienes que bajar a lo más profundo, más allá del sótano, más abajo aún.

Quedé pensativa un momento.

—Una cosa más.

La Dama Blanca esperó mi siguiente pregunta.

—¿Mi hermano sigue vivo?

Sostuve la respiración un momento.

—Sí.

Al dejar salir el aire, escapó en forma de suspiro.

—Debes darte prisa, no queda mucho tiempo.

»Ahora corred. Es la hora de comer.

—¿La hora de comer? —pregunté.

Lo entendí enseguida, en cuanto unas manos putrefactas se encaramaron al borde de la piscina.

—¡Santo cielo! —exclamé al ver a los cadáveres salir del agua en tropel.

Agarré a Adán y corrimos tras la niña peluda. Era una suerte que conociera la casa y pudiera guiarnos porque de otro modo habríamos corrido a ciegas y nos habríamos perdido en el laberinto de corredores con semejante horda pisándonos los talones. Los muertos de la piscina pretendían darnos caza para devorarnos y nos perseguían como una jauría de lobos hambrientos.

La niña nos guió hasta un salón enorme, imposible, porque tales dimensiones eran dignas de una catedral y la fachada de la casa, aunque amplia, era mucho más pequeña que la estancia. La locura campaba a sus anchas por la Casa de la Colina y ni siquiera obedecía a las leyes de la física. En cualquier caso era una ratonera porque solo tenía una salida, en el otro extremo de la sala.

La puerta roja, que se me antojó demasiado lejana, destacaba sobre todo lo demás porque la habitación estaba vacía. Al menos nada obstaculizaba nuestra huída y las losas del suelo, blancas y negras como un tablero de ajedrez, parecían acompañarnos y guiarnos hasta ella, si es que observabas con el rabillo del ojo porque si las mirabas fijamente se comportaban como losas normales.

—¿Es la entrada del sótano? —pregunté a la niña peluda sin detenerme.

Ella asintió.

Un grupo de zombis nos rodeó y acabaron por cortarnos el paso.

—¡No! —grité.

Nos acorralaron, era imposible retroceder o avanzar.

Ya está, se acabó, llegué a pensar. Había recorrido un largo camino que puso a prueba mi entereza, mi resistencia y mi valor, pero mi suerte me abandonaba justo cuando iba a llegar a la meta. La partida acababa ahí, había perdido el juego.

Adán soltó mi brazo y corrió hacia los muertos vivientes.

—¡Adán, no!

—¡Ve por tu hermano!

El terrible plan consistía en distraerles para que yo pudiera llegar hasta la puerta. Un plan descabellado que solo podía tener un terrible desenlace.

—¡Ey! ¡Malditos! ¡Venid por mí! —gritó.

Funcionó, los que se interponían entre la puerta roja y nosotros dejaron el camino libre. Era mi oportunidad pero me negué a dejar a Adán atrás porque eso era condenarlo a muerte.

Una mano peluda tiró de mi, en contra de mi voluntad, me atenazó con tanta fuerza que no pude zafarme de ella y acabó por arrastrarme el trecho que nos separaba de la puerta. La niña peluda la abrió, me empujó y me agarré al quicio. Aún me resistía a dejarlo atrás.

—¡Adán!

—¡Corre! —dijo al tiempo que los muertos se abalanzaron sobre él.

La masa putrefacta lo derribó y escuché sus gritos.

—¡No! ¡Déjame salir! ¡Tengo que ayudarle!

La niña me dio otro empellón y caí dentro del rectángulo negro. Me levanté enseguida pero ella cerró la puerta, dejándome a oscuras y encerrada. Era imposible abrir desde dentro pero, a pesar de que esforzarme era inútil, aporreé y pateé la puerta, gritando hasta desgañitarme.

Apenas me quedaban fuerzas tras mi espeluznante odisea y resbalé al suelo, berreando como una chiquilla. Ni siquiera me importó estar a oscuras, ya no me importaba nada porque Adán no estaba. Me había quedado sola.

ACTO III

Estaba ciega, envuelta en la oscuridad total, pero ni siquiera me importó. Acababa de presenciar cómo devoraban a Adán, mi único amigo, la única persona que se había preocupado por mí desde que llegué al Bosque Muerto. Comprendí, rodeada por tinieblas, cuánto lo necesitaba para enfrentarme a tantos peligros sin volverme loca.

Desde que atravesé la puerta roja estuve acurrucada, sollozando por él. Jamás volvería a escuchar sus ánimos, ni cogería mi mano para guiarme, tampoco vería sus preciosos ojos de sapo ni me besaría.

Me encogí cuanto pude, quería desaparecer. Me sentía responsable de su muerte, de su sacrificio, se había ofrecido como carnaza para salvarme y darme la oportunidad de encontrar a mi hermano. ¿Acaso es que había muerto por nada? ¿Iba a rendirme después de lo que había hecho por mí? Me puse en pie a pesar de que mis rodillas pugnaron contra mi voluntad de enderezarlas. La huída de los muertos vivientes había consumido hasta la última gota de mi energía, por suerte era muy testaruda y conseguí erguirme.

Tanteé los bolsillos en busca del mechero pero lo había perdido con tanta carrera.

Avancé con los brazos extendidos por si hubiera alguna pared, o cualquier cosa, delante de mis narices. Di otro paso con los ojos cerrados. Negro, oscuridad, nada, era el vacío más absoluto, la inexistencia en sí misma. Intenté controlar mi respiración porque no podía permitirme el lujo de sufrir otro ataque como el del laberinto. Tenía que serenarme.

«No pasa nada», me dije.

El cosquilleo constante que me había acompañado desde que aterricé en aquel mundo había desaparecido. Lo cierto es que no había por qué preocuparse porque nadie me acechaba ni observaba, estaba sola. Y perdida. Quién sabe cuánto tiempo vagaría si no encontraba una señal o algo que me guiase. Desfallecería de cansancio, hambre y sed y moriría sola y a oscuras. Jamás encontrarían mis restos.

Desde que llegué al Bosque Muerto no había hecho otra cosa que correr y luchar por mi vida y por primera vez se me concedió un tiempo muerto que me hizo reflexionar. Si había un culpable de la muerte de Adán, de la desaparición de mi hermano y mi injusta tortura, ese era el hombre del teatro. Nos secuestró, y todo para qué. Todavía no entendía por qué estaba allí, ni qué sentido tenía tanto sufrimiento. Por otro lado, si mi madre no hubiese comprado esas malditas entradas yo estaría en mi casa, deprimida y sola, pero al menos con el estómago lleno y las comodidades de la vida real. Porque sabía que era imposible que existiera un mundo tan descabellado e irracional como aquel.

Tal vez estaba muerta, llegué a pensar. El autobús que cogimos para ir al teatro sufrió un accidente al que no sobreviví y mi alma había ido a parar al infierno por culpa de mis tropelías. Esa era una explicación de lo más

razonable.

Y tal vez cierta.

El suelo se inclinó ligeramente, quizás me dirigía a las profundidades del averno, y aceleré el paso sin bajar las manos, incluso troté. Estaba harta de estar a oscuras.

En el manto negro se dibujó una línea. Era una pequeña ranura, un hilo blanco sobre una cortina opaca pero al menos era un punto al que dirigirme.

Corrí.

Logré alcanzar la luz y resultó que la claridad se escapaba por debajo de una puerta. La empujé y chirrió como debía hacer cualquier puerta siniestra, digna de una película de terror. Al otro lado la iluminación era tenue y amarillenta pero me punzó en los ojos porque había pasado demasiado tiempo ciega. Tardé unos segundos en enfocar la vista y enfrentarme al nuevo escenario.

Pocas cosas me sorprendían a esas alturas, ni me extrañó pisar el salón de un restaurante. Rezumaba elegancia en cada rincón, aunque una elegancia pasada de moda hacía siglos, cuando enmoquetar todo con alfombras persas y forrar paredes y techo con madera noble era sinónimo de lujo. Las mesas eran redondas y vestían manteles blancos, se dispersaban como setas adornadas con cubertería de plata y porcelana fina. Era un restaurante refinado y con clase, con una curiosa y clientela selecta, según observé. Los vestidos de noche, las joyas y los esmóquines que llevaban eran muy elegantes y glamurosos, acorde con el ambiente distinguido del local. Se me pasó por la mente desvalijarlos, ninguno se habría quejado porque todos ellos eran maniquíes. Estaban clavados en sus asientos, estáticos, calvos y de caras pintadas, más apropiados para el escaparate de una tienda de ropa barata que para un restaurante de postín. Lo cierto es que la estampa parecía obra de un escaparatista demente.

Anduve entre las mesas, en guardia y atendiendo a las caras pintadas de los muñecos, temía que alguno cobrase vida como hicieron las estatuas de los vampiros salidos.

De momento permanecieron en sus sillas y me planteé, con tristeza, que habría estado bien que en los platos hubiese algo de comida, lo que fuera, me habría conformado con una triste hoja de lechuga. Estaba tan hambrienta que hasta un chicle habría consolado a mi estómago.

La cubertería tintineó y un niño con una gorra azul correteó entre las mesas. Se escabulló por la salida de emergencia.

—¡Dani! —ahogué en un gritó.

Corrí tras él pero tropecé y caí al suelo.

Me llevé la mano a la nariz, me había estampado contra la moqueta, que por suerte era acolchada. Aún así sangró.

—¡Mierda!

Un maniquí de sonrisa burlona tenía la pata fuera de la mesa. Lo encaré de cerca, estaba segura de que me había puesto la zancadilla a propósito.

—Te parecerá gracioso —dije al muñeco.

Cerré el puño y estampé un puñetazo en la cara sonriente. La cabeza rodó con golpes sordos y asentí, satisfecha de mi pequeña venganza.

Atravesé la salida de emergencia y descendí por unas escalera que se enroscaban como un caracol. Bajé más escalones, abajo, muy abajo, donde la temperatura descendía a cada escalón que pisaba. Mi respiración se convirtió en vaho y empecé a echar de menos la chaqueta que abandoné en el Bosque Muerto.

Vi la sombra de mi hermano bailar en la pared de abajo.

—¡Dani!

Las escaleras tocaban a su fin y al torcer la esquina me detuve, conteniendo la respiración. Era un andén de metro.

El túnel era un telón opaco que se tragaba las vías, amenazador, y en el apeadero había algunos bancos bajo los paneles informativos apagados. Nadie ocupaba los asientos a pesar de que la estación estaba abarrotada. Resultaba siniestro que los viajeros guardaran silencio mientras esperaban al próximo tren pero lo que hizo que me llevara la mano a la boca, con estupor, fue contemplar semejante ejército de sin caras. Los rostros, que no tenían, eran horripilantes, parecían esculturas a medio acabar. Cientos de caras de carne rosada y plana observaban las vías con atención, todos vestidos con la misma gabardina gris.

—¡Ayúdame!

En la vía, bajo el andén, había una mujer con el rostro lloroso y desencajado, tan humana como yo. Estaba aterrorizada, desesperada, intentaba trepar por la pared pero el muro era alto y sin asideros en los que poder apoyarse por lo que solo conseguía magullarse.

Me abrí paso entre la multitud a base de empujones y ninguno de los sin cara se quejó.

—¡Coge mi mano! —dije de rodillas en el borde.

Una ráfaga de viento me arreció la melena. El túnel se iluminó con las luces del tren que llegaba. Tiré de ella pero estaba tan exhausta tras mi particular Odisea que fue inútil.

—¡Vamos, salta! No puedo con tu peso.

—Me torcí un pie al caer. Creo que está roto... —sollozó.

El silbato del tren retumbó en el túnel, y en mi cabeza.

—¡Sácame de aquí! —rogó.

El tren se precipitó a toda velocidad sobre nosotras y solté la mano de la mujer al tiempo que la embestía con una explosión de vísceras y sangre.

Levantó un vendaval, el tren iba a toda velocidad y desapareció tan rápido que todavía esperaba ver a la mujer en las vías pidiendo ayuda. Pero lo único había eran manchas de sangre y algunos restos irreconocibles. Se había desintegrado.

A mi espalda, como una ola, se escucharon los aplausos de los sin cara.

—¡Callaos, malditos! —aullé.

Los que tenía más cerca dejaron de aplaudir y me levantaron del suelo, consternada y cubierta por la sangre de la desconocida.

—¡Soltadme!

Me levantaron en volandas al tiempo que el resto seguía aplaudiendo. Sin más, me alzaron y me arrojaron a las vías como quien tira una bolsa de basura. Caí sobre los raíles, que se me clavaron en el costado, hiriéndome. Temí haberme roto alguna costilla.

—Cabrones… —gruñí entre dientes.

Me enderecé al sentir la brisa que surgía del túnel y conseguí ponerme en pie, a duras penas, para encaramarme al borde. Desde arriba me miraban los sin cara, otra vez silenciosos y expectantes, a la espera de presenciar mi muerte. Estaba convencida que de haber tenido cara estarían sonriendo.

Era inútil, no fui capaz de escalar a pesar de que me iba la vida en ello. La pared era lisa, no había ningún hueco donde apoyar los pies y el borde quedaba por encima de mi cabeza. Los brazos me temblaban por el esfuerzo. Llevaba dos días sin probar bocado, sin beber y sin descansar, no me quedaban fuerzas.

Me solté y posé los pies en las vías.

Las luces me dedicaron un guiño siniestro desde la boca del túnel.

—¡Bastardos! ¡Pudríos aquí por toda la eternidad! —dije a mi público—. Perdóname, Adán. No puedo seguir —susurré.

El silbido del tren retumbó en mi corazón y los focos me cegaron al tiempo que la mole me embestía.

Grité cuando me arrolló.

Aplausos.

Un resplandor cegador desbancó a la oscuridad. Era tan deslumbrante que incluso con los ojos cerrados y las manos cubriéndome la cara me dolían los ojos. La explosión lumínica se fue desvaneciendo y dejé de mecerme a la deriva. Mis pies pisaron tierra firme, era blanda y olía a hierba fresca.

Ciertamente, me sorprendió que mis brazos siguieran en su sitio después de que el tren me arrollase. Debí desintegrarme como la mujer de la vía pero ahí estaban mis manos, y el resto también. Me alegró seguir viva.

El prado que pisaba era el más hermoso que jamás hubiera visto. Respiré hondo, llenando mis pulmones del aire limpio y fresco. Era extraño pero también olía a nuevo, a recién estrenado. Las lomas coloreaban el horizonte con un arcoíris de flores, justo donde se unía con el celeste del cielo.

—¿Te gusta?

Me asusté, pues me creía sola. Al menos lo estaba hacía un segundo.

Se trataba del hombre misterioso del teatro. Llevaba el chaqué blanco, la chistera y el bastón bajo el brazo, la misma indumentaria que el día en que el *Theatre of Hell* me engulló.

Era Él, lo supe enseguida. Lo había encontrado.

Los ojos pintados de la máscara me miraron jocosos y burlones. Inclinó la cabeza en un saludo cortés.

—No me guardes rencor —dijo.

—Eres un maldito psicópata —escupí.

Se quedó mudo, escrutándome desde atrás de la máscara misteriosa.

—He creado todo esto para ti —señaló a su alrededor—. Pensé que te gustaría. Es hermoso, ¿no?

Se impacientó, como el artista que espera las críticas sobre su obra en el dominical del domingo.

—¿Me haces pasar por un infierno y me preguntas si me gusta esta mierda? —dejé que mi tono más despreciable se estampase en sus oídos—. Me secuestras, robas a mi hermano, dejas que una bruja intente regar flores con mi sangre, luego haces que me pierda en un laberinto horrible y asqueroso donde podría haber muerto de hambre, si es que antes no me devoraban. Por si eso fuera poco me encuentro con esos vampiros, ¡me han metido mano esos pervertidos! Y luego para colmo me persiguen unos zombis devoradores de carne humana, a lo que consigo escapar para que unos vándalos sin cara me arrojen a la vía del metro.

—Pero has conseguido superarlo todo, ¿no? —apuntó Él.

—¡Gilipollas! ¡Adán está muerto por tu culpa! —le acusé con el dedo—. Qué pretendes que diga: ¡Oh, sí! ¡Ya lo creo que es bonito este prado! ¡¡Cojonudo!! ¡Devuélveme a mi hermano, maldito lunático!

—¿Es eso lo que deseas? —Torció la cabeza en un gesto interrogante—. Podría ofrecerte todas las riquezas que quisieras, te daría lo más hermoso, incluso podría darte poder —dijo seductor—. Todo lo que desees.

—No voy a dejarme engañar otra vez.

—Tal vez prefieras esto —chaqueó los dedos.

Cambiamos el prado por un suntuoso palacio donde todo era lujo, piedras preciosas, oro y plata. Una mesa repleta de manjares se interpuso entre nosotros.

—Lo que desees —repitió.

—¡No!

Chasqueó otra vez los dedos y volvimos al prado. Al bajar la mano en un gesto teatral señaló la mesita que había bajo mis narices.

—Sé que lo que realmente deseas es esto.

Sobre la mesa lo único que había era una ralla de cocaína.

—¿Cuánto hace que no lo pruebas?

Recordé entonces a Campanilla. Quizás si la probaba me saliesen alas para escapar volando. Volar y sentirme libre. Tentador.

Mi voluntad tumbó la mesa, que se quebró en cristales diminutos y tintineantes.

—Devuélveme a mi hermano —dije.

—Si eso es lo que quieres, tendrás que ganártelo. El juego todavía no ha terminado. Si ganas, liberaré a tu hermano.

—¿Y si no gano?

—Si pierdes no le volverás a ver jamás.

Lo pensé un momento. La única opción era intentarlo porque si no perdería la partida de todos modos y había pasado por mucho como para echarme atrás.

—Está bien, jugaremos.

—Que continúe la partida, pues.

Un remolino de arena se elevó desde el suelo y tuve que cubrirme para evitar que el polvo me entrara en los ojos. Al tiempo, el suelo desapareció bajo mis pies.

Cuando el vendaval amainó tenía la melena revuelta sobre la cara. La aparté a manotazos y, resoplando con los dientes apretados de pura rabia, eché un vistazo al nuevo escenario donde había ido a parar.

Delante de mí había un atril, una mesa cuadrada que me llegaba a la cintura con un botón rojo en la tapa. La señora del té, que estaba a mi derecha, sonrió con la cara arrugada como una pasa al tiempo que se recomponía el moño polvoriento. A mi izquierda, y por orden de cercanía, estaban el Oráculo del Bosque en su forma humana, embobada con nada en concreto, y a su lado el pequeño Napoleón del laberinto al que apenas se le veía porque la mesa era más alta que él.

—¡Buenas noches, damas y caballeros! —saludó Él frente a nosotros.

Detrás suya, sentados en gradas, estaban los maniquíes del restaurante, tan elegantes y discretos como siempre. El decorado era el típico de un plató de televisión, con focos, paredes de cartón falso y cámaras y micrófonos operados por más maniquíes.

Se encendió un cartel que pedía «APLAUSOS» y de alguna parte se escuchó una ovación entusiasmada. Supuse que se trataba de una grabación porque el público estaba tan inmóvil como... maniquíes.

—Demos la bienvenida a los concursantes del programa de hoy. Y por supuesto a nuestra invitada de honor, la señorita Claudia —dijo Él, leyendo la tarjeta que tenía entre las manos como cualquier presentador mediocre.

Otra vez se encendió el luminoso para pedir más palmas.

—Empecemos con la ronda de preguntas. Cada pregunta son diez puntos que se sumarán a vuestros marcadores si acertáis la respuesta. —Hizo una pausa cómica—. ¿Preparados?

—¡Sí! Jujuju —rió la señora del té, dando saltitos entusiasmados y con la mano sobre el pulsador rojo.

La miré ceñuda y dejé la mano sobre el botón, no pensaba permitir que ese vejestorio se me adelantara. El Oráculo ni se movió y dudaba que Napoleón alcanzase el botón por más que saltara. Esos tres no eran rivales para mí.

—De acuerdo, ahí va la primera pregunta.

Sostuvo en alto la tarjeta y contuvo la expectación unos instantes.

—¿Quién abrió la caja de Pandora?

«¡Bip!».

El atril del Oráculo se iluminó.

—¡¿Pero cómo?! ¡Si no se ha movido! —me quejé.

—Oráculo —dijo Él, cediéndole la palabra.

Esperé la respuesta pero permaneció muda.

—¡Correcto! —anunció entusiasmado el presentador.

Aplausos.

—¡Pero si no ha dicho nada! —reclamé indignada.

—Vamos con la siguiente pregunta —continuó Él sin hacer caso a mis quejas.

—Esto está más que amañado —murmuré.

—¿Quién mató a quién, Caín a Abel o Abel a Caín?

Pulsé el botón y mi atril se encendió.

—Claudia —dijo Él.

—Caín mató a Abel —contesté.

—Lo siento, no es correcto.

De alguna parte se escuchó un «Ooh» largo y decepcionado.

—¿Cómo que no?

—Abel mató a Caín —confirmó Él.

—¿Desde cuándo?

Cada vez estaba más enfadada con el estúpido juego.

—Abel lo mató de envidia.

Se escuchó un plato de batería y una oleada de carcajadas.

—Joder…

Apoyé el codo sobre la mesa y me tapé los ojos, empezaba a desesperar.

—Siguiente pregunta.

Levanté la cabeza, cansada. Aquello no era más que una encerrona, jamás ganaría.

—¿De qué color es un camaleón frente a un espejo?

—¡Verde! —dije al tiempo que estampaba la mano sobre el pulsador.

—Lo siento, Claudia, pero no es tu turno —apuntó Él.

Miré a mi derecha. El atril de la señora del té se había encendido antes que el mío.

—Dama. —Él le cedió la palabra.

—Es transparente. —Levantó la nariz puntiaguda y me miró con la soberbia de un noble.

—¡Correcto!

—¿Cómo que transparente? Esto es increíble...

Me desplomé sobre la mesa y estuve tentada de darme cabezazos contra ella.

—De momento los marcadores de Dama y Oráculo están empatados a diez mientras que Claudia y el pequeñín siguen a cero. Todavía queda mucho juego por delante así que, Claudia, pon un poco más de entusiasmo —me animó Él.

Tenía la cabeza aplanada sobre la mesa, la levanté y resoplé.

—Tienes una oportunidad. Si aciertas la siguiente pregunta, que vale el doble, te pondrás en cabeza y pasarás a la final —dijo tentador—. Y allá vamos con la última pregunta. ¿De qué color…

—Transparente —pensé en voz alta.

Él me miró, o al menos su máscara apuntó hacia mí. Parecía disgustado por mi pasotismo.

—Ejem —carraspeó—. ¿De qué color son los ojos de Adán?

Por un momento me quedé inmóvil.

Dama se rascó la barbilla pensativa, el Oráculo continuaba estática y Napoleón saltaba como un conejillo para intentar llegar al pulsador.

Posé la mano sobre el botón rojo.

—Claudia.

—Los ojos de Adán son color miel —afirmé. De eso estaba segura, jamás olvidaría esos ojos tan hermosos.

—Correcto.

Por unos instantes se hizo el silencio.

—¡Claudia pasa a la final! —anunció Él.

Se escucharon aplausos y del techo llovieron globos y confeti.

Bajo mis pies se abrió una trampilla y caí por el agujero como un saco. Resbalé por el tubo, gritando, y más abajo el tobogán me escupió como un trozo de espinaca atascado entre los dientes. Me estampé contra el suelo de arena fría, fina, suave y grisácea como la ceniza. Tras recomponerme del golpe, que me había dolido de veras, me puse en pie tambaleándome.

Y allí estaba Él, con el bastón bajo el brazo y su pose teatral, con la mano enguantada posada sobre el ala de la chistera. Las tripas se me revolvían de pura rabia. Cómo me habría gustado vengar la muerte de Adán, habría arrojado al ludópata a los zombis para que lo devorasen del mismo modo.

—Has llegado al final, Claudia. Déjame decirte que has sido la primera humana en conseguirlo. Tú fuerza de voluntad es asombrosa, por no decir tu suerte. Mi enhorabuena —hizo una reverencia.

—¿Dónde está? —pregunté. No tenía ganas de más jueguecitos estúpidos.

—Ah, eso. Lo tienes delante de las narices.

Guió mi vista con la mano.

Un agujero, en el suelo, desprendió un resplandor azul y sobre el abismo, donde un millar de almas vagaban perdidas en el inframundo, mi hermano levitaba inconsciente.

—¡Dani!

Agarré mi camiseta a falta de algo mejor y la retorcí, aterrada.

—Ellos lo esperan —aseguró Él.

—¡Dijiste que podía salvarle!

—Si consigues alcanzarlo será tuyo —asintió.

Anclé los pies al borde y estiré los brazos. Estaba demasiado lejos y sin nada con lo que poder arrastrarlo hacia mí era imposible rozarlo siquiera. Lloré de impotencia al asumir que jamás podría salvarle.

—¡Mentiroso! —me giré hacia Él con lágrimas en los ojos—. Me has mentido.

Él alzó las manos en cruz.

—Yo jamás pierdo una partida, mi querida Claudia.

Tanto esfuerzo para nada. Había utilizado a mi hermano como señuelo para que jugase la estúpida partida y tanto mi sufrimiento como el sacrificio de Adán fueron en vano. Jamás me sentí tan desolada, engañada y estafada. La rabia nubló mi mente, grité y sin pensarlo me abalancé sobre Él. Quería matarlo con mis propias manos.

Soportó mis patadas y manotazos hasta que de un puñetazo hice saltar la máscara, que se estampó contra el suelo y se quebró por la mitad.

Paré. Aún respirando agitada. La intriga por ver el rostro que ocultaba la máscara pudo más que mi deseo de venganza.

Agarró la chistera del ala y se la quitó. La dejó caer a sus pies y me miró. Sus ojos eran color miel, y eran preciosos.

—Adán… —susurré en un lamento.

Mis rodillas se rindieron y caí al suelo enterrándolas en la arena.

—Mi querida Claudia.

—¿Por qué? —conseguí balbucir.

—Porque debías ser tú —susurró—. Durante milenios he buscado un alma como la tuya y por fin has llegado, la espera ha merecido la pena.

—¿Me esperabas a mí? —dije sin entender.

—No tienes ni idea de lo solitaria que es la eternidad. Con todo mi poder jamás fui capaz de llenar ese hueco. Tú eres la pieza que faltaba en mi existencia. Has llegado hasta aquí por tu valor y tu fuerza, eres la elegida.

—Estas loco…

—¿Acaso ya no recuerdas esto?

Me abrazó y yo lo consentí.

—Únete a mí y serás mi reina, reinaremos juntos, para siempre.

Cerré los ojos y me dejé llevar por la dulzura del arrullo. Había perdido la esperanza de volver a sentir el calor de su aliento y ahora me embriagaba de nuevo.

—¿Y qué pasa con Dani? —pregunté.

—Olvídate de él, olvida tu antigua vida. Estoy ofreciéndote la eternidad.

Lo besé. Quería hacerlo una vez más.

—Deja que me despida de él.

Adán me soltó y fui hasta el borde, donde mi hermano flotaba sobre el pozo del infinito. Me habría gustado abrazarlo para despedirme de él.

Respiré hondo, manteniendo las lágrimas a raya, y encaré a Adán, o quien fuera aquel ser tan cruel.

—Dejémoslo en empate —dije entonces.

—¿Qué?

Sonreí.

—¡No! ¡No lo hagas, Claudia!

Corrió pero no llegó a tiempo. Salté y mi alma se liberó de mi cuerpo. Al fin tenía alas, la libertad me acarició el rostro mientras me zambullía en el abismo. La luz azulada me engulló y navegué en su frialdad por toda la eternidad.

El clamor de los aplausos me despertó. Las palmas redoblaban, el público aplaudía entusiasmado y con pasión, emocionado por una gran obra.

Abrí los ojos y frente a mí vi al *Theatre of Hell* en pie. El patio de butacas estaba lleno, incluso los balcones rebosaban de espectadores que vitoreaban mi nombre sin dejar de aplaudir. El teatro parecía distinto desde el escenario. Lo era, en realidad, pues la decadencia con la que me dio la bienvenida ahora rezumaba grandiosidad y los dorados, los frescos, los tejidos y maderas lucían tan bellos como el primer día.

Desde allí partí al Bosque Muerto, a ese mundo de pesadilla por el que vagué durante los últimos días y donde me vi obligada a luchar por mi vida en un juego absurdo y sin sentido, cuya única finalidad era alimentar la excentricidad de un demente. Había dejado atrás el dolor, el miedo, la extenuación y la incertidumbre y, pese al desconcierto por estar plantada en el escenario como una gran estrella, me sentí, por primera vez en mucho tiempo, en paz.

Había saltado al abismo, estaba segura, mi alma se había fundido con las ánimas que vagaban perdidas en el pozo y sin embargo allí estaba, desconcertada y tan sólida como el sábado en que mi hermano y yo llegamos al teatro.

Mi hermano...

Dani apareció por el foro y me eché a llorar al verlo. Él sonreía y traía un ramo de rosas tan rojas como las flores de Anim. Lo abracé y aplasté las flores al estrecharlo tan fuerte. Tras él desfilaron los seres que conocí en el Bosque Muerto: la loca del té, Napoleón, el Oráculo, la niña peluda... Todos aplaudían y sonreían como si fueran viejos amigos. Pero faltaba alguien, el más importante.

Adán.

Mi susurró se desvaneció en el eco, arrastrado por la brisa. Miré atrás. Estaba a las puertas del teatro, en la calle. Fuera no había nadie y una niebla densa envolvía los detalles y no permitía distinguir nada más allá del callejón. Era espesa, casi opaca, más aún en plena noche. Pese a todo no hacía frío y su caricia resultaba aterciopelada, agradable.

—Mi querida Claudia.

Adán me llamó desde alguna parte, en la niebla.

Sonreí y a mis pies encontré una manzana roja y apetitosa que crujió cuando la mordí. Era deliciosa y muy dulce.

—Adán, ¿dónde estás?

Me adentré en la niebla, dispuesta a perderme en ella.

—Yo jamás pierdo… —susurró Él en todas partes.

FIN

LA NIÑA DE HARINA

Desde que partió de Madrid, enclaustrada y sola dentro de la berlina, el paisaje no había hecho más que cambiar. Las vastas llanuras de Castilla dieron paso a los desfiladeros de Despeñaperros, una zona de sierra abrupta que si bien era una maravilla y un deleite para cualquier viajero, no lo era tanto para los que padecían de vértigo. Más allá de las empinadas crestas, el terreno se suavizaba en cerros sembrados de olivos donde todavía quedaban vestigios de la herencia musulmana.

Le habría gustado recrearse en la belleza de las construcciones mozárabes y disfrutar del encanto del paisaje pero se tuvo que conformar con mirar desde la ventanilla. Hicieron algunas paradas para que los caballos descansasen, sin embargo el viaje era largo y tedioso pues no tenía con quien conversar aparte del cochero, un hombre más acostumbrado a los adoquines de las calzadas madrileñas que a los caminos de tierra, al que poca conversación fue capaz de sonsacar.

Los montes de la serranía de Granada, ondulados, despuntaban en cimas de un verde plomizo y amarilleado por la estepa de inicios del verano. Era una ruta solitaria y el viento traía consigo la animada armonía del campo. La naturaleza virgen cantaba con trinos, zumbidos, balidos y mugidos que componían la banda sonora de una estampa perfecta. Sin embargo la dama, indispuesta, no estaba en condiciones de apreciar la belleza de tan melodiosa composición.

Casi se le cayó el sombrero emplumado cuando arrollaron un bache y el carruaje la zarandeó. Resopló, cansada. En la cabina hacía calor a pesar de que la temperatura en la sierra era agradable; lo peor, sin duda, era el dolor de huesos y el entumecimiento de las piernas. Tal y como estaban las cosas, pensó la dama, el malestar y las náuseas eran el menor de sus males.

Rebuscó en la limosnera que llevaba en el regazo, un bolsito rosa que era el complemento perfecto para el vestido de lino y seda bordada, una prenda que, por otro lado, revelaba el alto estatus de la joven. Sacó una carta de papel amarillento, arrugada de tanto manoseo, y la leyó otra vez.

Mi querida Ana Josefina:

Me complace comunicarte que tu padre ha concertado tu matrimonio con Don Felipe de la Real, gran señor y Terrateniente de la sierra granadina.

Es nuestro deseo que partas de inmediato al finalizar el curso en la escuela de señoritas para conocer a tu futuro esposo y la casa de la que serás señora. Tras la alianza deberás asegurarte de darle un hijo varón que herede su patrimonio. Confío en que sabrás encargarte.

La boda se celebrará la primera semana de octubre, días antes del enlace de nuestra querida Reina Isabel con el Duque de Cádiz.

Felizmente se despide tu amantísima madre.

María Augusta de Torres.
9 de Julio de 1846

Cuando Ana recibió la carta de su madre, hacía más de un mes, supo que se acababa el mundo, al menos el suyo. La vida en la capital (que en un principio la abrumó) la conquistó y la sedujo en cuestión de días. Antes de que la internaran en la escuela de señoritas, Ana solo conoció las tierras de su padre, en Aragón, y a pesar de que su madre era muy dada a organizar recepciones, su círculo de amistades aristócratas era muy diferente a la alta sociedad madrileña.

Suspiró resignada y guardó de nuevo la carta. Después de todo siempre supo que se desposaría más temprano que tarde, solo que imaginaba que sería con algún poeta y por amor y no por conveniencia de sus padres. Detestaba tener que marcharse tan lejos. Ya podían haberla prometido con algún noble de la corte y no con un terrateniente que vivía en la otra punta de España, pensó con amargura. Acabar en un rincón recóndito de la sierra granadina, rodeada de cabras, se alejaba mucho de su fantasía. Dudaba que en el campo le fuesen a valer de algo sus buenos modales o lo que aprendió en la escuela de señoritas.

Llegó a la conclusión de que Don Felipe era un buen partido, sobre todo para sus padres. Era evidente que el repentino matrimonio se debía a la bancarrota de su familia. Hacía tiempo que las tierras de su noble casa dejaron de ser productivas y por lo tanto suficientes para mantener el nivel de vida que su *amantísima* madre se empeñaba en aparentar. Quizás el vertiginoso cambio del mundo tuviese algo que ver con la crisis de los Torres. Las familias antiguas como la suya, decrépitas y marchitas, agonizaban. Era una nueva era, la era de la industria, o eso escuchó alguna que otra vez en las reuniones sociales de Madrid. Las máquinas sustituyeron a la mano obrera y como consecuencia la producción se disparó, era por eso que el futuro estaba en manos de comerciantes y empresarios como Don Felipe de la Real que, a pesar de su apellido, no era de sangre noble. Aun así era muy rico, según tenía entendido.

Antes de partir de Madrid intentó averiguar más sobre su futuro esposo, siempre dentro de la discreción. Supo que Don Felipe era viudo y tenía una hija de su anterior esposa. Y eso era todo porque apenas sabían de él en la capital, si acaso en los círculos mercantiles, por lo que a todas vistas se trataba de un hombre discreto. Por otro lado, el acuerdo se cerró tan rápido que ni siquiera tuvo la oportunidad de ver algún retrato suyo antes de partir. Al menos, se dijo, tenía más suerte que otras compañeras de escuela porque Don Felipe era solo diez años mayor que ella. Que fuese un hombre joven y no un anciano decrépito era un pequeño consuelo.

La berlina se detuvo y el cochero abrió la portezuela para ayudarla a bajar por la escalerilla.

En contra de lo que esperaba, la casa que encumbraba las tierras de Don Felipe era muy distinta al cortijo rural que imaginó. Más bien era un palacete, uno de tantos que alguna familia noble vendió para sobrevivir en la corte. Los ventanales de las plantas superiores los enmarcaban arcos de herradura, que descansaban sobre columnas de capiteles florados en una simetría interrumpida por la recargada decoración de azulejos. Le recordó a los palacios de *Las mil y una noches* y se preguntó si el interior sería igual de exótico o lo habrían adaptado a los nuevos tiempos.

Pronto lo averiguaría, el servicio la esperaba al pie de la escalinata. Todos vestidos de negro como en una ordenada fila de hormigas; contó cinco sirvientas y tres mozos, además de un mayordomo y el ama de llaves que encabezaba la comitiva. Por el rostro hierático, Ana habría jurado que la señora era inglesa ya que la actitud seca y áspera no casaba con la afabilidad andaluza.

—Sea bienvenida, Doña Ana —saludó con una inclinación tan pulcra como su recogido, y sin acento distinguible. Tenía el pelo gris y según las arrugas hacía tiempo que había dejado atrás los años de madurez.

Ana asintió sin demasiado entusiasmo mientras escrutaba con curiosidad la fila de hormigas.

—¿Y el señor? —preguntó. Esperaba que Don Felipe la recibiera en persona.

—El señor no se encuentra en casa —dijo el ama de llaves, sobria—. Tenía negocios que atender y está de viaje. Regresará dentro de dos meses, para la boda.

Las palabras del ama de llaves fueron un jarro de agua fría para Ana, que pretendía aprovechar el verano para estar con Don Felipe y conocerse mejor antes de la boda. Masticó la desilusión y se resignó, una vez más, ya que no le quedaba otro remedio que esperar. Después del 1 de octubre, pensó con amargura, tendrían tiempo de sobra para estar juntos. Al menos hasta que la muerte los separase.

El ama hizo un gesto a los mozos para que descargasen el equipaje. Después indicó a Ana que entrara a la casa con un escueto movimiento de cabeza.

Cruzar la puerta de roble supuso otra decepción. La magia que transmitía la fachada se esfumó en cuanto la casa, aburrida y anodina como la de sus padres, la acogió.

—Le apetecerá un refrigerio —dijo el ama.

La madera oscura, de tonos apagados, invadían paredes y suelos mientras que el mobiliario, formal y austero, poco tenía que ver con el estilo arabesco de fuera. La casa también era silenciosa y fría. La recorrían corrientes de aire lo suficiente frescas como para erizar los bellos de cualquier visitante. Si era así en verano, a buen seguro se helarían los corredores en cuanto cayesen las primeras nevadas. Había pocos muebles y las paredes lucían desnudas, sin cuadros, era evidente que necesitaban que una mujer tomara las riendas y se

ocupara de los menesteres hogareños, que para cualquier hombre carecían de importancia. Solo con paredes y techos no se construía un hogar, para darle calidez a una casa tan grande hacía falta una mano experta y algo de sensibilidad. Esa sería su prioridad en cuanto se convirtiera en la señora de la casa, al menos pondría todo su empeño en que no pareciese deshabitada. Más complicado iba a ser darle vida, pues era molestamente silenciosa. Aparte de sus pasos en el eco, tan solo escuchó el *tic-tac* de un reloj. Tal vez cuando llegasen los niños, el palacete reviviera.

—Ordenaré que preparen su habitación para que descanse, mientras tanto puede tomar una limonada en el salón.

Abrió una puerta de doble hoja y el olor a madera vieja del salón casi la hizo estornudar. Se descubrió la cabeza, dejando a la vista un recogido de brillos azabache, y tendió el sombrero emplumado a la mujer. Luego se sentó en un sillón tapizado en flores blancas y grises.

—Puede retirarse —concedió Ana.

La dejó sola y reparó en el retrato que coronaba la enorme chimenea. El hombre del cuadro, ataviado con avíos de cacería, tenía el pie apoyado sobre un ciervo y estaba acompañado por dos perros pintos de caza. El gesto era recio, duro y con facciones marcadas en ángulos. El cabello espeso era castaño y se unía a la barba con unas patillas anchas. La mirada severa le hizo sentir insignificante y frágil y no pudo evitar encogerse sobre el asiento.

—Es Don Felipe.

El ama acababa de regresar con una jarra de limonada sobre una bandeja de plata.

Ana apartó la mirada del retrato, decepcionada de nuevo, aunque ya iba siendo hora de reconocer que estaba asustada. Por primera vez desde que supo de su inminente boda, sintió flaquear su determinación. Quería ser fuerte para enfrentarse a su destino y contentar a sus padres pero lo que de verdad deseaba era que el verano fuese eterno y octubre no trajera el otoño a su vida.

Estaba muy cansada del viaje como para seguir dando vueltas a sus primeras impresiones. Sin más se retiró a su alcoba y dormitó en una duermevela carente de sueños hasta que el ama le avisó de que la cena estaba servida. Cenó sola en un salón anodino que poco tenía que ver con los aposentos extravagantes de Madrid. La acompañaba el compás repetitivo del reloj de pared, que seguía marcando el tiempo a pesar de que Ana, en un absurdo ejercicio telequinético, intentaba frenar el segundero.

Después de una comida frugal, ya que tenía poco apetito, se retiró a su habitación. Creyó que tardaría en conciliar el sueño pero a pesar de estar en una cama extraña, y asediada por tantas inquietudes, se quedó dormida enseguida. Fue al caer la media noche, hora en que la rociada propia de los cerros empezaba a lamer la tierra, cuando Ana despertó por un insistente picoteo.

Tic, tic, tic, tic.

Se enderezó sobre la cama pues no lo estaba soñando. Era un sonido lejano

y débil que provenía del interior de la casa. Echó mano a la toquilla de hilo y se cubrió los hombros para salir al pasillo. Prestó atención desde el marco de la puerta, atenta al silencio que moraba en la casa.

Tic, tic, tic, tic.

¡Ahí estaba otra vez!

En el pasillo se escuchaba con más claridad que en la habitación. Algo recorría la casa. Tal vez fuesen ratas, pensó al tiempo que avanzaba con cautela. A oscuras las habitaciones eran lúgubres y siniestras, como una mortaja negruzca de formas irreconocibles con las que era fácil tropezar. Ana se estremeció y se arropó con la toquilla para resguardarse de las corrientes. Las plantas de los pies empezaron a cosquillearle porque las losas estaban heladas y se arrepintió de haber dejado las zapatillas en la habitación.

Tic, tic, tic, tic.

Encontró el rastro, alto y grave, como arañazos de garras que se arrastraran. No eran ratas, estaba segura. Estuvo tentada de llamar a alguno de los mozos pero era muy tarde y quizás no fuese nada después de todo. Podría ser cosa de su imaginación, la casa era muy vieja y se quejaba por la carcoma.

Los grillos y las chicharras enmudecieron de repente y el jardín quedó tan mudo como en una noche invernal.

Tic, tic, tic, tic.

Esa vez sonó tan rotundo que Ana respingó al entrar en la cocina. Era grande y espaciosa pero las sombras también habían anidado allí convirtiéndola en un agujero tenebroso.

Tic, tic, tic, tic. ¡TOC!

Había una puerta gris, junto a los fogones, tan vieja y astrosa que daba la sensación de que fuera a deshacerse. El golpeteo provenía del otro lado. Empujó la puerta y las visagras, oxidadas, chirriaron de tal forma que resonaron hasta en el último rincón de la casa. Al otro lado unas escaleras de piedra se perdían en una boca negra.

Había algo abajo, estaba segura. El repiqueteo se transformó en gogoteo y estuvo a punto de volver atrás, de correr a enclaustrarse en su habitación y taparse la cabeza con la manta, pero una energía malévola tiró de sus entrañas y la obligó a bajar los escalones. El sótano era un terregal de arena fina como la ceniza, iba a ponerse los pies perdidos, además caminaba a ciegas porque estar ahí abajo era como llevar un velo negro sobre los ojos.

Una luz tenue, gris como un amanecer invernal, latió en el centro del zulo arrojando algo de claridad. Sobre ésta había una pila de insectos muertos, amontonados sobre el resplandor mortecino. ¿Qué era esa luz? ¿De dónde venía? El sótano estaba excavado en la tierra y era imposible que hubiese nada debajo más que piedras, arena y gusanos. La luz, aunque mortecina, estaba viva. Titilaba y se enroscaba como una serpiente y, como cualquier cosa viva, creció. Se alargó y rasgó el suelo en una grieta que abrió un agujero en la roca de la pared.

Debió salir corriendo pero estaba paralizada ante el imposible que acababa

de presenciar. El aire vibró y una oleada de malignidad la dejó sin respiración cuando una criatura indefinible y horrenda, de ojos redondos, viles y rojos como la sangre reptó del agujero.

El engendro bramó un alarido y Ana gritó con todas sus fuerzas.

Despertó en su cama, agitada y sin saber si había gritado de verdad o solo en el sueño. Habría sido muy embarazoso que la hubiesen escuchado los criados. Nadie acudió en su ayuda así que supuso que el grito se quedó en la pesadilla. Con todo, el sueño fue tan real y vívido que todavía sentía el terror atenazándole el pecho.

Tic, tic, tic, tic.

Estuvo a punto de vomitar el corazón al escuchar el picoteo.

—Qué tonta… Son los pájaros en la ventana —dijo en voz alta al ver a los gorriones.

Poco más tarde, vestida y arreglada, bajó a desayunar, otra vez sola. Cuando terminó, el ama de llaves anunció que le presentaría a la señorita Alicia, la hija de Don Felipe, de la que Ana se había olvidado en cuanto cruzó el umbral de la puerta. Que la casa fuera tan silenciosa no invitaba a pensar que allí viviera una niña.

—La señorita Alicia está muy enferma —dijo el ama antes de entrar en la habitación—. Es mejor no agotarla, es necesario que descanse, así que preséntese y retírese lo antes posible.

A Ana no le gustó nada el tono autoritario de la sirvienta. En un par de meses ella sería la señora de la casa y le debía respeto.

—Está bien —asintió Ana. No quiso darle importancia pero evitaría que se volviera a repetir el desplante.

Pasó al cuarto después de que el ama abriese la puerta y notó que el aire estaba viciado, como si nunca ventilaran la habitación. Las muñecas de vestidos pomposos, ositos de trapo y demás juguetes estaban ordenados en las estanterías, abandonados. La niña estaba en la cama, arropada con mantas, menuda en la inmensidad acolchada como una ramita seca en mitad de un arenal.

—Señorita Alicia, tiene visita —anunció el ama.

La pequeña se incorporó con la ayuda de la sirvienta, que manejaba a la criatura con mano experta.

Era tan delgada. Tenía ocho años pero por la postura encogida y los brazos finos como palos aparentaba menos edad. Una manta le tapaba las piernas, que supuso serían igual de escuálidas. Pese a todo era una niña bonita de melena pajiza, rizada en tirabuzones, y unos ojillos redondos color caramelo. Las ojeras, sin embargo, le ensombrecían el rostro, tan pálido que Ana llegó a pensar que estaba modelada con harina.

Alicia sonrió del modo inocente que solo un niño sabe.

—Hola, Alicia —dijo Ana.

—Me alegra mucho que haya venido a verme —dijo la niña. Parecía ilusionada de tener otra compañía que no fuese un ama de llaves tan cascarrabias.

—Ahora debe descansar, señorita. Doña Ana volverá más tarde a verla —dijo el ama.

—¡Oh, no! —se quejó la niña con disgusto—. Quédese un rato, por favor.

Ana miró al ama, que con gesto agrio desaprobó la idea, pero no pensaba darle el gusto de nuevo.

—Me quedaré a hacerte compañía —dijo Ana.

—¡Bien! —Alicia aplaudió entusiasmada.

El ama alzó la nariz puntiaguda, con el pecho henchido en protestas.

—Puede retirarse —se apresuró Ana antes de que objetase nada.

La mujer no pudo hacer otra cosa así que se marchó y las dejó solas.

—Es una vieja gruñona —dijo Alicia arrugando la nariz.

—Si le damos una escoba pasaría por bruja.

Las dos rieron a carcajadas al imaginarse al ama con un sombrero de pico y volando en escoba.

Pasaron el resto de la mañana juntas y Ana le contó sobre la vida en la ciudad, de las fiestas y las aventuras de la corte, también sobre los apuestos caballeros y sus preciosos corceles, de los poetas, de la alegría y el colorido de un mundo fantástico y maravilloso del que Alicia jamás había oído hablar.

—No te imaginas cuánta gente se pasea por las calles de Madrid —decía a la niña, que la escuchaba con atención.

No era difícil impresiona a Alicia, ella jamás había salido de las tierras de su padre porque siempre fue una niña enfermiza. Alicia heredó el mal de su madre, que murió por una extraña enfermedad que ni los médicos supieron diagnosticar. Al poco su hermano menor sufrió un desgraciado accidente cuando montaba en poni en el que también pereció. Tras la segunda desgracia, su padre dejó de pasar por casa y siempre estaba de viaje, lo veía muy poco. La niña había pasado el último año enclaustrada en su habitación con la única compañía de las sirvientas y el ama de llaves.

La historia de Alicia era terrible, consiguió estremecer a Ana.

—A veces las oigo susurrar —dijo Alicia en voz baja.

—¿A quiénes? —preguntó Ana en el mismo tono.

—A las criadas. Me hago la dormida para escucharlas.

—¿Y qué dicen?

—Que esta familia está maldita. Que mi padre vendió su alma al diablo por su fortuna y por eso nos ha condenado a todos.

Ana se frotó los brazos al rememorar la pesadilla que tuvo la noche anterior. Si lo que vio en el sueño no fue la entrada al infierno, debía ser una de las ventanas.

—Mi querida Alicia —dijo entonces—, no debes creer esas cosas. La gente

del campo es muy supersticiosa y a veces se dejan engatusar por cuentos.

—¿Y por qué estoy enferma?

—Eso únicamente lo sabe Dios —aseveró—. A partir de hoy rezaremos todos los días, seguro que nos escuchará.

—¿De verdad?

—Claro. Y ahora tienes que dormir un poco.

—No…

—Debes descansar para ponerte buena —insistió.

—Está bien. Pero, ¿vendrás luego a verme?

—Estaré aquí para la hora de la merienda.

La besó en la frente y se marchó antes de que el ama volviese para reñirles por tanta cháchara.

El tiempo, implacable, siguió su curso y los días desfilaron uno tras otro hacia el mes de octubre, al que Ana había dejado de temer gracias a Alicia, que le infundió el valor que necesitaba. Visitaba a la niña cada mañana y le amenizaba las horas con las historias de cortesanos que tanto le fascinaban.

Una tarde, ya entrado septiembre, Ana ordenó a dos mozos que sacasen a Alicia para merendar en el patio. Hacía un día demasiado hermoso para estar encerradas. Como la niña no debía hacer esfuerzos, la sacaron cargándola en una silla. El ama clamó al cielo cuando las vio sentadas fuera, bebiendo limonada, pero Ana insistió en que Alicia tomase un poco el aire. Pasaron una tarde de lo más divertida hasta que el cielo se volvió plomizo y empezó a chispear.

Luego cayó un chaparrón.

Alicia no paraba de reír al tiempo que los mozos corrían con ella sobre la silla de vuelta a la casa.

—¡Qué contratiempo! —exclamó Ana agarrándose el sombrero, que amenazaba con salir volando—. No tiene gracia, Alicia.

Tras la regañina la niña rió hasta enrojecer y Ana también carcajeó con ella.

Se desató una tormenta de las que arrecian los montes en esa época del año, tan tremenda que el suelo crepitaba bajo los zapatos. Alicia, temerosa de los truenos, pidió a Ana que la dejase dormir con ella. Tampoco hizo falta que le rogara puesto que ella lo consintió gustosa.

—Deja que te peine —dijo Ana—. Qué pelo tan bonito.

—El tuyo me gusta más. Ojalá lo tuviese negro también.

Peinó la melena y la recogió en un moño. Al apartar el pelo vio un punto rojo en la base del cuello, justo debajo del nacimiento del pelo.

—Te ha picado algún insecto, ¿te duele? —preguntó.

—Ni lo había notado —negó con la cabeza.

—Está bien, señorita, a dormir.

Esa noche, después de rezar sus plegarias, durmieron juntas y no les importó que la tormenta resonase fuera.

Lo de compartir almohada se convirtió en costumbre. Noche tras noche Alicia suplicaba a Ana que la dejase dormir con ella, a la niña le gustaba tanto su compañía que no quería apartarse de su lado ni un minuto. También, cada día, Alicia se recuperaba; sus mejillas se tornaban del color de las manzanas maduras, sus ojeras se desteñían y su cara se redondeaba al coger peso, incluso bajaba sola al jardín a por flores para Ana. Estaba dichosa por verla recuperar sus fuerzas, una niña no debía estar encerrada tanto tiempo, eso no era sano para nadie, pensaba para sí.

Dado que Alicia recuperó la independencia, los últimos días fueron más ajetreados de lo normal. Ana iba tras la niña, que no paraba quieta ni un segundo, y siempre caían rendidas tras la cena. Sin embargo esa noche, cuando el reloj dio las doce, un bramido las despertó con un sobresalto.

Ana encendió el quinqué que siempre tenía en la mesilla de noche. Al rugido le siguieron golpes y poco después escucharon a los mozos que vociferaban fuera.

—Ana, ¿qué fue eso? —preguntó Alicia encogida, con la manta agarrada hasta el cuello.

—No lo sé, iré a ver —dijo al tiempo que se levantaba.

—¡No me dejes sola!

La niña estaba atemorizada.

—Tranquila, seguro que no es nada.

Salió al pasillo y el mayordomo, que justo pasaba por allí, se detuvo para decirle:

—Quédese en su habitación, Doña Ana.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Ha entrado una alimaña en la cuadra. Pero no se alarme, los mozos la están buscando.

El mayordomo se marchó apresurado y Ana regresó con la niña. Se aseguró de que la puerta estuviese cerrada y estuvo tentada de atrancarla con algún mueble. Enseguida pensó que era una idea un poco tonta, fruto de la histeria. Tenía que tranquilizarse, si Alicia notaba que estaba nerviosa se asustaría. De cualquier modo, pensó, el animal había entrado en la cuadra pero dudaba que se atreviese a entrar en la casa.

—Duérmete, cielo, no pasa nada.

Arropó a la niña y se dispuso a acostarse pero antes fue hasta la ventana. Tras el visillo despuntaban los montes, no había luna así que estaban sumidos en la oscuridad más absoluta. Si acaso se apreciaban las siluetas de las encinas, recortadas contra el horizonte. Todo estaba en calma, como suspendido en el tiempo, por eso notó enseguida cuando los arbustos que lindaban con el bosque se agitaron bajo el ventanal.

Lo que vio la sobrecogió de tal manera que el aliento se le congeló en el pecho. No sabía si el miedo la traicionaba, o si era por la conmoción del sobresalto, pero la criatura que acababa de ver era la misma de su pesadilla, repugnante y aterradora al mismo tiempo por lo deforme. Tampoco tuvo

tiempo de avistarla con detalle pues la bestia, que era del tamaño de un gato de buena crianza, se ocultó entre la maleza.

En un desplante abrió la ventana para vociferar:

—¡Está aquí! ¡Se internó en el bosque!

Un par de mozos preguntaron desde abajo hacia dónde se fue.

—Por allí —señaló a la oscuridad.

Los mozos se internaron en la floresta cargados con palos y algún que otro rifle.

Cerró la ventana y los postigos y volvió a la cama sin dejar de repetirse que era imposible que la criatura fuera la misma del sueño. Quizás se tratara de un gato salvaje, o tal vez un lobo. Fuera estaba oscuro y era posible que sus nervios le hubiesen jugado una mala pasada.

Los demonios no existen, pensó, y sus párpados se cerraron.

A la mañana siguiente se despertó temprano y se apresuró a vestirse para ver si habían dado caza al animal. Las criadas cuchicheaban cuando entró en el salón y al verla guardaron silencio, por eso Ana preguntó:

—¿Consiguieron atrapar al animal?

—Ay, señora, todavía no han vuelto los mozos —dijo una de las chicas, la más joven—. Si viera lo que esa bestia les hizo a los caballos. ¡Los ha *destrozao*! Es terrible. ¡Terrible!

—Nos han dicho que no salgamos de la casa hasta que vuelvan —informó la otra.

—Mi pobre Miguel… —llorisqueaba la primera—. Ya deberían haber vuelto. ¡Se me lo han *comío*!

—¡Tranquilizaos! —imperó el ama de llaves, cansada de tanto lloriqueo.

—¡Pero es que usted no lo ha visto! Está todo lleno de sangre y de tripas. ¿Qué animal es capaz de hacer eso?

—Un lobo. —El mayordomo entró al salón. —Está en el porche.

Se armó un revuelo tremendo y las criadas salieron a tropel para ver la pieza de caza. Ana, todavía escéptica, las siguió. Fuera estaban los mozos con los rostros fatigados después de pasar la noche entera buscando a la bestia. A Miguel no se lo había comido nadie pero ahora su novia se lo estaba comiendo a besos.

En el suelo, al pie de la escalinata, estaba el cadáver del lobo. Un ejemplar precioso de pelaje gris, con unas garras grandes como palas y unas fauces estremecedoras repletas de dientes puntiagudos. De la boca entreabierta caía un hilillo de sangre que manchaba la arena del suelo. Lo habían matado de un disparo, a bocajarro a juzgar por el agujero que tenía en la panza. La fiera, aun muerta, impresionaba, pero Ana estaba segura de que no era la criatura que había visto desde la ventana. El otro animal no era ni la mitad de grande que aquel.

—Este lobo no es al que vi desde la ventana.

—Es posible que lo que usted vio fuera un gato, hay muchos por aquí —dijo el mayordomo.

—No era un gato, estoy segura.

—Quizás un zorro —opinó Miguel—. La cosa es que ya hemos *cazao* al bicho —añadió con orgullo.

Estaban contentos por haber matado al monstruo, sin la más remota intención de sopesar la posibilidad de que el lobo no hubiese sido el artífice de tan macabra matanza. El único rostro que denotaba una sombra de duda era el de Ana.

Fuera el lobo culpable o no, su desconfianza se disipó con el paso de los días. Lo cierto es que tenía otras cuestiones más importantes de las que preocuparse. Quedaban un par de semanas para la boda, había mucho por hacer, y por raro que pareciera ansiaba el momento del casorio porque a esas alturas no concebía separarse de Alicia. Por otro lado consideró que era hora de atajar la costumbre de la niña de dormir con ella. A Ana le gustaba su compañía pero con su marido no cabrían los tres en la cama.

Intentó explicarle a Alicia que de ahí en adelante no podrían seguir durmiendo juntas. La niña pataleó, gritó y lloró pero por más que protestó tuvo que conformarse y volver a dormir en su habitación.

Se sintió culpable por haber disgustado a Alicia, además la echó de menos durante toda la noche. Por eso, a la mañana siguiente, lo primero que hizo fue ir en su busca para hacer las paces con ella.

Se encontró con el ama de llaves, que salía de la habitación de la niña con el rostro desolado.

—Qué desgracia… —farfulló. Lo que más asustó a Ana fue verla llorar.

—¿Qué ocurre?

—La señorita Alicia ha empeorado.

—¿Cómo es posible si ayer estaba bien?

Entró en la habitación sin creer lo que decía el ama pero la verdad le abofeteó cuando vio a la niña en la cama tan pálida y demacrada como el día que la conoció. Acompañándola estaba el médico, que en ese momento recogía el maletín.

—No puedo hacer más por ella —dijo el doctor, pesaroso.

—Doctor, ayer estaba bien, hasta correteaba por el patio.

Ana se negaba a que fuese posible tal recaída. El médico, sin embargo, negó con la cabeza rechazando toda esperanza.

—Ni siquiera despierta —dijo—. Creo que deberían avisar a su padre, es posible que no pase de esta semana.

Ana se echó a llorar.

—No es posible…

Corrió, huyó. No podía ser cierto que su Alicia fuera a abandonarla, así, sin más. Entró en la capilla, que estaba junto a la casa, y clavó las rodillas en el suelo para suplicar a la cruz por su niña. Ese día no comió, no bebió, tan solo rezó durante horas hasta que se hizo de noche.

Pasaron un par de días y Alicia no mejoró, estaba inmersa en un sueño profundo del que nunca iba a despertar, mientras Ana la velaba junto a la cama. Había perdido el apetito, la vitalidad y hasta la voz, pues apenas susurraba a Dios que se la llevase a ella en vez de a la niña.

Al atardecer, mientras lloraba, Don Felipe entró en la habitación. Miró desolado a su hija, en silencio, con un semblante muy distinto al del hombre severo del retrato del salón. El gesto de Don Felipe era cándido y estaba repleto de amor y tristeza. Se arrodilló junto a la cama y sostuvo la mano de Alicia, igual que Ana sostenía la otra, y así, esa noche, velaron juntos a su hija.

Cuando amaneció el primer día de octubre y los gallos cantaron al sol, Alicia murió.

En lugar de una boda se oficiaría un velatorio.

Se llevaron el cuerpo para amortajarlo y meterlo en el pequeño ataúd de madera para velarlo en la capilla, pero Ana no soportaba verla dentro de la caja mortuoria así que se quedó en la casa. Regresó a la habitación de Alicia, aún tenía la esperanza de verla en la cama, tan pálida y blanca como la harina, sonriendo entusiasmada por escuchar sus historias.

Cayó sobre las sábanas con un sollozo y maldijo a Dios por llevársela. Enseguida pidió disculpas al *Altísimo* porque a sus pensamientos los guiaba la rabia y la impotencia. Si Dios se la había llevado, habría sido por alguna razón.

Entonces fue cuando encontró la gota de sangre en la almohada. Un punto rojo justo en el centro, pequeño y desvaído. Lo rozó con la mano y la retiró al sentirla tan caliente como el lomo de un perro.

¿Cómo es posible que todavía esté caliente?, pensó. Hacía más de una hora que se llevaron el cuerpo, frío como un témpano. Cogió la almohada y la dejó caer al suelo ahogando un grito, pesaba como un animal. Tembló, pero consiguió dominarse y fue a por las tijeras del costurero. Contuvo el aliento, las clavó en la almohada y rasgó la tela.

El almohadón escupió las plumas del relleno y Ana cayó al suelo, espantada y paralizada por la impresión, incapaz de gritar. Entre las plumas había una criatura, un monstruo deforme, un demonio, el mismo con el que soñó la primera noche que durmió en aquella casa. Estaba enroscado dentro de la almohada y le devolvió una mirada vil y sanguinolenta. La piel era del color del vino tinto y parecía que fuese a estallar porque estaba más cebado que un cerdo antes de una matanza. La cabeza era deforme y el hocico se alargaba en una trompa muy fina que serpenteó en el aire. Se tambaleó al ponerse en pie, estaba tan gordo que la panza le arrastraba y apenas podía caminar con las cuatro patas tan cortas. La noche que destripó a los caballos huyó al monte con rapidez y agilidad pero ahora era una masa sebosa y torpe que caminaba a trompicones.

Se sacudió las plumas y con andar fatigoso escapó ante la mirada atónita de Ana, que petrificada y sentada en el suelo, no se atrevió a moverse. Cuando el

monstruo desapareció, Ana cayó en la cuenta de lo que pasaba. Se trata de un demonio, pensó convencida, ¿qué otra cosa podía ser? También tuvo claro que el engendro era un parásito que había estado alimentándose de la sangre de Alicia, de su vida, como un impasible vampiro. La rabia, tras descubrir al asesino de su niña, la instigó a levantarse y fue en busca de venganza con el atizador de la chimenea en la mano.

Fue fácil seguir la pista al demonio porque dejó un rastro maloliente y viscoso parecido al de una babosa gigante. El cerco bajaba las escaleras y se adentraba en la cocina para perderse bajo la puerta del sótano. Era como revivir la pesadilla. ¿Es que acaso el sueño fue una premonición?, se preguntó. Fuera lo que fuese, Ana estaba dispuesta a darle su merecido al monstruo.

Respiró hondo y se adentró en la oscuridad del sótano, fría y silenciosa, antinatural. El demonio estaba solo, enroscado allá donde estuvo la pila de insectos en su sueño. Tal vez, pensó, esperaba a que se abriera la puerta para regresar al averno, pero Ana no iba a dejarle escapar.

Alzó el atizador de hierro y se acercó al demonio. La criatura torció los ojos sanguinos y la miró desde abajo. A pesar de que Ana estaba tan cerca no intentó huir, tal vez porque era incapaz de moverse después del atracón.

—¡Te enviaré de vuelta al infierno, maldito demonio! ¡Por mi niña y por la gracia de Dios! —exclamó alzando el hierro. Lo descargó con furia y atravesó al animal.

El chillido de la criatura le taladró los oídos. Su mirada cándida se transformó en insania y apuñaló al demonio al tiempo que la sangre de Alicia, la sangre de su amada niña, manaba a borbotones de la criatura. Le salpicó el vestido, el rostro, y con una última embestida lo atravesó con tanta fuerza que lo ensartó y lo clavó al suelo. Soltó el hierro y se llevó las manos a los oídos porque los chillidos de la criatura eran insoportables. Se agitaba sin parar en una agonía desquiciada.

El suelo comenzó a temblar y allá, en la pared, la piedra se resquebrajó para abrir una puerta, o más bien un agujero al inframundo.

Ana recuperó el atizador y la criatura, liberada, reptó para escapar por la brecha. Estaba herida de muerte pero Ana pensaba asegurarse de sacrificarla, aunque tuviera que adentrarse en el infierno para rematar la tarea. El demonio era un gusano de sangre, una masa de carne encarnada que se arrastraba hacia la muerte. Atravesó la puerta y Ana, decidida a acabar con el parásito asesino, fue hasta el agujero.

¿Dónde estaban las llamas? ¿Y el azufre, los gritos y el sufrimiento eterno? El infierno era muy distinto al que describían en misa, al menos el paisaje que tenía delante no se parecía a las calderas ardientes de la Biblia. Era un bosque de árboles de cortezas grises, muertos, y ramas peladas que se extendía sobre un desierto de ceniza gris. El cielo, plomizo y encapotado, estaba estancado y sumía el paraje en un silencio sepulcral.

—Ahí estás —dijo Ana.

Cruzó la puerta y fue a por la criatura, a la que asestó la puñalada de gracia que acabó de rematarla.

Silencio y más silencio. Era como estar dentro de una burbuja de cristal, aislada del mundo, de la realidad.

—Jijiji.

La risilla infantil se escuchó alta y clara, al igual que el correteo de la niña que jugaba entre los árboles. Era bajita, rubia y delgada e iba en camisón, una figura que para Ana era demasiado familiar.

—¡Alicia! —gritó Ana.

Era imposible, ella misma la vio morir, pero allí estaba su niña, jugando entre los árboles tal como lo hacía en el jardín. Quizás matar al demonio la congració con Dios y éste se la había devuelto, o eso quiso creer.

—Alicia, espérame.

Fue tras la niña, convencida de que era ella, y se adentró, sin saberlo, en los dominios de Él y su Bosque Muerto.

FIN

Un largo camino

El juego de Claudia se publicó por primera vez en junio de 2010, por Ediciones Babylon. Por aquel entonces era una *pipiola* que entendía poco o nada de la industria editorial, aunque gracias a mi primera novela (*El imperio plateado*), que llevaba un año publicada, empezaba a tener claro lo difícil que era aquello de "dedicarse a escribir". Quedaba mucho por andar, y aprender, por eso me sorprendió que la novelita que escribí a vuela pluma, dejando plena libertad a mi imaginación, gustara tanto a los lectores. *El juego de Claudia* me dio muchas alegrías y durante más tiempo del que esperaba se leyó y se habló de ella. Volvió a sorprenderme con su **2ª Edición**, y a día de hoy puedo celebrar que tuviera una vida tan larga.

Es de las obras a las que tengo más cariño. Nunca imaginé que ese puñado de sueños y pesadillas que sirvieron de inspiración para tejer la historia de Claudia pudieran funcionar y gustar tanto a la gente. Han pasado una pila de años pero *Claudia* y el *Bosque Muerto* siguen muy vivos, por eso creo que se merecen una nueva edición. El texto de esta versión está revisado y corregido, también hay ilustraciones nuevas, pero la historia sigue siendo la misma locura de antaño.

A ti que leíste la historia de Claudia, que la disfrutaste, que la reseñaste en tu blog o te tomaste la molestia de escribirme para decirme cuánto te gustó; también a ti, nuevo lector, que ahora paseas por el Bosque Muerto, y a todos los que habéis hecho posible que Claudia tenga una vida tan larga, GRACIAS, porque sin vosotros el Bosque Muerto solo sería un recuerdo.

Si te gustó *El juego de Claudia*, aquí tienes otras de mis novelas:

Sátiro, Memorias de la Habitación Roja.
Tras perder su libertad y caer en desgracia, Sátiro acaba prisionero del Platino, un prostíbulo de lujo situado en mitad del espacio. Descubre esta fantasía espacial donde un joven esclavo desafiará a la muerte para recuperar su libertad y salvar a su amor verdadero.

El letargo del pájaro de fuego.(Próximamente en Amazon)
Un virus desconocido asola el planeta Arkadia. ¿Serán capaces de relegar sus diferencias y unirse para vencer a tan poderoso enemigo?

También puedes visitar mis blogs y redes sociales donde podrás estar al tanto de nuevas publicaciones.

laurasb-escritora.blogspot.com
laluzdeleoen.blogspot.com
Twitter: LauraSBecerra
Instagram: laurasb_autora

Recuerda que tus comentarios y estrellitas harán crecer mis historias.

¡Gracias por leer!